

erguía en el centro del salón. La inmensa minoría de su sexo lo afirmaba de nuevo en sus teorías y comprendía perfectamente aquella multitud de bellezas ofreciéndose rendidas, con frutos y perfumes, al victorioso Apolo. Y en el acto le daban deseos de penetrar allí dentro para impregnarse en la mujer, para respirarlas a todas al borde de sus escotes palpitantes, para sentir sobre su brazo varonil las morbideces adorables de aquellos infinitos brazos femeninos. Pero su natural timidez le impedía moverse y continuaba abarcándolo, gozándolo todo con la mirada. Su admiración crecía por momentos, conforme iba descubriendo nuevos detalles, nuevos refinamientos de la civilización que le hacían reconstruir en su imaginación viva y fecunda las luchas de la humanidad a través de los siglos para llegar a alcanzar aquel resultado asombroso, donde él leía como en un libro abierto. A su vista se desarrollaba, como en un panorama vastísimo, la sucesiva evolución de las razas, bifurcadas por todos los ámbitos de la tierra en ramificaciones infinitas y combinadas de nuevo con rebuscada selección bajo el cielo purísimo de esta parte de América. Tan pronto veía la distinción británica llevada por una bizarra morena de pupila renegrida, como la gracia andaluza con ojos azules y doradas trenzas. Aquí la sensualidad italiana, allá el *chic* francés, más acá un perfil austriaco sobre un cuerpo criollo, y, finalmente, en la mayor parte de las mujeres que examinaba, algo de inglés, de italiano, de español y de francés. Todas las subdivisiones de las razas indo-europeas y parte de las semíticas estaban allí representadas dignamente, figurando hasta la belleza antigua con toda su pureza histórica. La mujer griega, la belleza helénica con su perfil severo, su óvalo perfecto y sus extremidades finas y alargadas; el tipo romano representando la fuente de las subdivisiones neo-latinas, con su nariz recta, casi unida a la frente, de gesto algo sañudo, aspecto dominante y desdenoso porte; luego pasaba exuberante y macizo el tipo germánico luciendo toda su lozanía y frescura tan simpática por la brillantez del colorido y por la plástica, de la forma, al pincel de Rubens; y, por fin, como remate de aquel desfile de razas, también surgía la mujer semita, con su rostro moreno y su ardiente indolencia de harem, expresada en sus grandes ojos de mirada dulce y cejas arqueadas, robados en los campos de Judea. Y así seguían pasando continuamente, todas lindas, todas frescas y atraentes, reunidas en una misma patria, reconstruyendo en la imaginación excitada de Rodolfo, como una visión mágica de los pasados tiempos y de las civilizaciones muertas. Y cuando sus ojos, cansados de presenciar aquel desfile inacabable, trasunto fiel de la obra de los siglos a través del tiempo, en busca siempre de la perfección soñada, se volvían para examinar el gran salón celeste en sus más ínfimos detalles, quedaba de nuevo deslumbrado ante el hacinamiento elegante de objetos lujuriosos, allí presentes como símbolo de la civilización de nuestro siglo, sostenida y alentada por el esfuerzo humano en su acción constante. Los ricos espejos de Nu-

remberg, artísticos y valiosos como joyas, los de luna veneciana, caprichosamente biselada, los espesos tapices de Bruselas, de Tournay, de Nottingham ó de Aubusson, los muebles Luis XVI con su corte serio y elegante, recordando el esplendor de un régimen para siempre caído; los mármoles estatuarios heridos por el cincel de artistas notables que habían impreso en ellos el sello de su genio; los bronceos de Barbedienne con su elegancia severa, perpetuando en el tiempo la historia del arte; y en las consolas, sobre las mesas, llenando todos los huecos, una multitud de pequeños objetos de un valor inestimable tallados en marfil en oro ó en plata, sosteniendo bomboneras de Sax, tarjeteras de Cèvres, chucherías infinitas de *viens* Rouen ó del Japón, todo, en fin, lo que puede agrupar la fortuna unida al gusto en nuestro siglo, expuesto ante sus atónitos ojos, lo impresionaba hondamente, como el corrimiento de un velo que le hubiese impedido ver aquel mundo nuevo y desconocido.

Rodolfo, en sus variadas lecturas, había curioseado todas esas manifestaciones antiguas y modernas de las artes decorativas, pero atribuyendo su existencia únicamente al viejo continente, tanto que muchas veces se había prometido hacer algún día una excursión por aquellos países cuya civilización presumía que aun no hubiésemos alcanzado; pero al encontrarse con la realidad de todos aquellos refinamientos, permanecía absorto, como víctima de un ensueño inesperado y radiante. Le parecía imposible que todo un mundo hubiese acumulado pacientemente, a través del tiempo y en medio de luchas cruentas y asoladoras, una suma tan grande de progreso, para verterla a los pies de la joven América; niña mimada que obtenía al nacer la experiencia y la resultante del trabajo de los siglos, para lanzarse, apoyándose en tan sólida base y dotada de la frescura de sus sabias, a la grandiosa conquista de su brillante porvenir.

—Caramba! creí que te habías ido! —exclamó Felipe, cortando repentinamente el hilo de sus ideas. —Hace media hora que te busco inútilmente.

—Pues, hombre, yo no me he movido de aquí, —contestó su amigo.

—Sí, pero no es aquí donde yo te dejé.... Y bien, ¿qué te parece todo esto?

—¡Ah, magnífico, magnífico! —exclamó Valmar expandiendo su admiración contenida, —comprendo que estas cosas preocupan a todo el mundo. Es el conjunto de todas las bellezas, es el arte en todas sus manifestaciones.

—Así me gusta; pero ven por acá, con eso te presento a la dueña de casa. Todavía no has visto nada, —dijo Felipe, profundamente satisfecho.

Y tomando a su amigo de un brazo, atravesó el vestíbulo, pasando por un corto corredor situado entre dos pequeñas piezas donde se habían instalado respectivamente el tocador de las damas y el de los caballeros, y entró en el único salón donde se bailaba.

Valmar se creyó asistiendo a una inesperada escena de magia que su amigo le

ofrecía. Su admiración por la sala azul que durante un largo espacio de tiempo había estado contemplando, le hizo presumir que el baile estaba circunscripto a aquel solo local. De modo que al encontrarse de pronto ante la magnificencia de otra sala más vasta y doblemente alumbrada, donde habían sido cuidadosamente rebuscados todos los efectos, quedó asombrado. Pero en el acto, comprendiendo el ridículo que podía acarrearle la manifestación de sus sentimientos, afectó, no sorprenderse de nada, mirando, sin embargo, atentamente, el hermoso espectáculo que se ofrecía a su vista.

Era el gran patio de la casa convertido en salón para aquella fiesta excepcional.

Y si bien el gusto y la elegancia no estaban allí tan cuidadosamente seleccionados, en cambio la impresión era doble, resultando de un efecto deslumbrante.

Todo estaba dispuesto para brillar en conjunto, aunque aisladamente no hubiese resistido el análisis. El salón azul era algo sólido permanente; en cambio éste tenía todos los caracteres de la improvisación transitoria.

Por lo mismo resultaba más extraordinario. Parecía una fantasía voluptuosa de esas que se anhelan cuando el espíritu está en delirio.

Las paredes, totalmente tapizadas de seda panzón, daban la nota pasional, domingando el conjunto, y el techo cubierto de ondas de tul vaporoso, sostenidas por cordones dorados y salpicados de estrellitas de luz, representaba la vaguedad de los anhelos del alma.

Por una parte la nota cálida, la sensación apetitosa, y por otra el llamado dulce, el goce infinito, las ansias de lo desconocido.

La orquesta, oculta en paraje invisible, dejaba oír el cadencioso compás de sus acordes suaves, y mientras las niñas vaporosamente vestidas semejaban en sus rápidos giros, que iban a esfumarse en espirales ascendentes, como trozos de ilusión, los hombres parecían retenerlas oprimidas con sus negros brazos sobre la alfombra roja como el fuego que más tarde habría de marchitar sus galas.

En el medio, una Venus de mármol, surgiendo de las aguas, se estremecía toda con las menudas gotitas que le arrojaban varias encantadoras sirenas que caracoleaban a sus pies; y repartidos aquí y allá, llenando todos los huecos y perfumando con variados aromas el cálido ambiente, una profusión inmensa de ramos enormes y de plantas exóticas aumentaban la alegría con la viviza de sus variados colores.

—Sofía, —dijo Felipe, familiarmente, dirigiéndose a la señora de Hostwald—Voy a tener el gusto de presentarle a mi amigo el Dr. Rodolfo Valmar, un excéntrico. —Y señalaba a Rodolfo, que, a pesar de las recomendaciones que anteriormente le había hecho, estiró buenamente la mano, desorientado por completo, como caído en un mundo fantástico cuya existencia no había sospechado.

Pero Sofía Hostwald a quien Felipe habría más de una vez de su amigo, acogió al joven hasta con ternura, favorablemente impresionada por su belleza varonil y en-

cantada por su turbación que, al par que la divertía, la interesaba, por revelar claramente su ingenuidad completa.

—Vds. son unos ingratos y unos pretenciosos. Se esconden como joyas en vez de venir á nuestras fiestas para animarlas y hacerlas agradables.—Dijo la señora de Hostwald con su voz argentina, haciendo un delicioso mohín de fingido enojo.

—Oh, señora!—contestó Valmar balbuciente y mezclándose los cabellos tan cuidadosa como inútilmente peinados horas antes.—Qué pobre contingente debe ser el mío!

—Es demasiada modestia; la ilustración y el talento brillan siempre en todas partes.

—Y como Rodolfo se atreviese apenas á contestar cada vez más confundido, como un niño que ha olvidado su lección, empezó á animarlo dulcemente con ese secreto tacto de la mujer cuando se propone agradar á un hombre.

Breves momentos después había producido todos sus efectos la gracia seductora, desplegada por ella, y Valmar tierno y confiado, la hacía partícipe de todas sus impresiones. Veía á su lado una mujer de boca expresiva y mirada angelical bajo la cascada brillante de sus cabellos de oro, respiraba el aroma embriagador de su cuerpo perfumado, y sumergía la vista en las néveas moribundas de su garganta palpitante, y sin embargo en aquel momento desaparecía de su mente la idea del sexo, para no pensar más que en la amiga dulce que lo había alentado acogéndolo cariñosamente. Así pues, á pesar de la prevención que tenía hacia aquella esposa que juzgaba infiel por las apreciaciones de Felipe, la disculpaba con tolerancia extrema, tan sólo porque le parecía buena, porque era bella y porque desde ya la quería fraternalmente. La circunstancia de ser rubia le recordaba á cada paso á Josefina, y aquel recuerdo de su aurora lo vinculaba más estrechamente, haciéndole pensar al propio tiempo en lo bien que hubiese estado su querida, reinando como Sofía en aquel salón, por la fortuna y por la belleza.

De pronto un ligero estremecimiento recorrió la sala, del uno al otro extremo; las voces cesaron un instante y todos los rostros se volvieron hacia la puerta del pasillo que conducía al tocador. Sofía Hostwald se había levantado de su asiento y se adelantaba con paso ligero para saludar á Matilde Rolán que acababa de entrar triunfante, destacándose en el cuadrado de la puerta con la arrogancia de una estatua griega. Su talle esbelto y flexible como un junco, ajustado entre las sedas de su vestido amarillo con reflejos de oro, resaltaba con toda la pureza de las líneas sobre el fondo rojo de las colgaduras del salón. Una sonrisa de reina animaba su semblante hermoso, sus ojos negros despedían fulgores extraños que parecían iluminar la frente sombreada por sus rizos de ébano, y bajo la ligera corva de su nariz perfecta entreabría, anhelante, la boca sensual, cuyo labio inferior, algo caído, parecía un cáliz donde el amor había depositado sus más exquisitos perfumes.

Con la cabeza levantada, algo inclinada

sobre el hombro derecho, y jugando suavemente con un diminuto abanico de encajes, Matilde paseó una mirada investigadora por todos los ámbitos del salón, deteniéndola un instante sobre la Venus que surgía de las aguas, como cambiando un reto con aquella diosa de la forma que parecía imponerse con su victoriosa desnudez. Había adelantado algunos pasos y como viera á Sofía que se acercaba sonriendo y formulando un cariñoso cumplido, fué á su encuentro extendiéndole la mano con su graciosa altivez de reina condescendiente.

Por un instante, las dos mujeres permanecieron unidas, sonriéndose mutuamente bajo las miradas de casi toda la concurrencia. Sofía, pequeña, de formas esculturales, pero menuda, vaporosa, bellísima bajo su cabellera rubia, vestía un traje verde luz con tules del mismo color salpicados de chispas de plata, y en la parte delantera una guita de racimos maduros entrelazados con sus hojas, cruzando diagonalmente toda la falda la hacía asemejar á una bacante brindando todas las voluptuosidades, todas las embriagueces terrenas; y Matilde, alta, fina, con su expresión soberbia y sus gestos reposados, envuelta aparentemente en una malla de oro, con el brillo sombrío de sus ojos negros y de las aterciopeladas corolas de los pensamientos que adornaban su vestido, parecía el símbolo de la sensualidad, la viva encarnación de todas las pasiones humanas. Y al cabo de un instante, después de haberse examinado mutuamente, á satisfacción, se separaron siempre sonrientes, aceptando el tácito convenio de dividirse el dominio de aquel reinado.

En el acto, y mientras Sofía se alejaba del brazo de Felipe, Matilde era asediada por un numeroso grupo de fracs negros, que, formando á su alrededor estrecho círculo, se disputaban su *carpet* angustiosamente.

Valmar, entretanto, después de haber permanecido en éxtasis contemplando á las dos mujeres como quien asiste á la reproducción de un ensueño, se paseaba con Ernestina Díaz, á quien Felipe lo había presentado. Y con ella permaneció por largo espacio de tiempo, recorriendo todos los salones, gozando de aquel lujo elegante, sintiéndose feliz por hallarse en medio de aquella esplendorosa pompa, mientras su compañera le hablaba de Felipe, á quien acusaba de frío y desamorado. Entonces, el joven, que no podía con su genio, ni sabía ocultar sus sentimientos, manifestó su manera de sentir con su habitual vehemencia, en tanto que Ernestina lo escuchaba estremecida.

Recién á las dos de la mañana consiguió Felipe tomar el brazo de Matilde y solicitar su asentimiento para presentarle á Rodolfo, consecuente con sus premeditados proyectos de influir en el destino de su amigo y maestro.

—Mire, Mont, que no tengo pieza ni intermedio que darle á su amigo!—exclamaba Matilde mostrando su *carpet*.

—Se escamotea alguna cosa,—contestaba Felipe,—y en último caso, es tanto mi interés que le sacrificaría mi turno.

—¿Debe ser muy extraordinario su amigo?—preguntó la joven picada por la impertinencia de Felipe.

—Único! casi tan extraordinario como V. Con esto lo digo todo.—Y Mont se esforzaba por mortificar á la joven con quien tenía aun algunas cuentas pendientes.

Por fin, en el salón de enfrente, sentado en el gran puff central, encontraron á Rodolfo que, habiéndosele arrebatado la compañera, conversaba con Isabel Mont y Sofía Hostwald, rodeados por un grupo de señores formales.

—Rodolfo Valmar, Matilde Rolán,—dijo Felipe presentándolos.—Luego dirigiéndose á Rodolfo, añadió irónicamente:—Voy á darte la mayor prueba de amistad que se puede dar en este mundo. Voy á cederte mi turno con Matilde.—Y apartándose de la joven, cedió el puesto á su amigo, mientras que Sofía Hostwald se reía pérfidamente de la ocurrencia.

Valmar, sin comprender el sentido de aquellos sutiles alfilerazos de salón, caminaba llevando á la joven de su brazo sin acertar á decirle una palabra, tal era su emoción al sentirse junto á la mujer que había admirado tanto. Y Matilde, que por Isabel Mont, estaba al corriente de los antecedentes de Rodolfo, esperaba que éste hablase para ver el giro que imprimía á la conversación. Pero como á Valmar no se le ocurría nada ó se le ocurría demasiado, y la joven empuñada en sus trece no rompía el silencio, recorrieron el salón y volvieron sobre sus pasos, hasta llegar de nuevo al punto de donde habían partido, sin que ninguno de los dos manifestase su pensamiento. Entonces Matilde, no pudiendo contenerse más, inició la conversación con el más atrevido de los temas, señalando con un gesto el grupo de mármol donde Apolo erguía su hermosa talla reverenciado por una multitud de mujeres hermosas.

—Qué grupo tan impertinente,—dijo.

—¿Por qué?—exclamó Rodolfo sorprendido de aquella salida repentina.

—Porque es el mundo al revés,—contestó Matilde con su sonora voz de contralto.

—No me parece; yo encuentro, por el contrario, que es un simbolismo muy natural.

—Pero eso es horriblemente pretencioso!

—No hay tal, y estoy seguro que V. ha de pensar como yo,—dijo Rodolfo ya dueño de sí y satisfecho de aquel tema.

—Le juro que no comprendo,—exclamó Matilde sorprendida.—Me han dicho muchas cosas extraordinarias de V., pero le aseguro que no lo creía tan original.

—Es que no hay tal originalidad. Lo que yo afirmo es lógico, simplemente. La historia de ese grupo se impone. El hombre es quien solicita á la mujer, pero por abdicación consciente de su fuerza, por galantería, para mostrarle el mérito que le atribuye, haciéndole sentir su importancia y la grandeza de la misión que le está confiada como su natural compañera sobre la tierra; pero la mujer, interpretando mal esta actitud, se cree de una superioridad aplastadora; piensa que todo se le debe en absoluto, y entonces, los hombres de mérito, los que verdaderamente valen, la huyen, abandonándosela á los necios que, no sabiendo comprenderla, la rebajan en su dignidad, desconociendo su grandiosa misión. Esto acaba por aburrirla y ahuyentarla, al extremo de

que se ve obligada á correr sumisa, brindando el fruto de su amor impregnado de perfumes á los que tienen suficiente corazón para amarla sobre todas las cosas.

Matilde lo había escuchado sorprendida al principio; pero interesándose poco á poco á medida que el joven hablaba, concluyó por oírlo con verdadero placer, seducida por la vehemencia que imprimía á sus palabras y por el apasionamiento sincero que ellas revelaban con respecto á la mujer.

—¿Quiere decir, entonces, que, lo que nosotros buscamos y ante quien nos rendimos á discreción es ante el hombre excepcional que sabe sentir y comprendernos?—Interrogó la joven examinando á su compañero con mirada escrutadora.

—No, no es al hombre excepcional, es al hombre simplemente, pero al hombre en toda toda su omnipotencia, no á las deformidades contrahechas que generalmente se ofrecen en las sociedades modernas.—Y al hablar de la suerte, Valmar hacía un gesto como abarcando el salón entero, mientras que un joven pequeñito y flacucho, de escaso pelo y fisonomía cansada, pero irrefragablemente vestido, les interceptaba el paso en apostura que pretendía ser galante.

—Matilde es mi pieza,—dijo con voz melosa y afautada, enseñando su *carpet*.

Rodolfo, sorprendido por aquella inesperada interrupción, no pudo contener una exclamación de disgusto, aunque preparándose á ceder el puesto.

—¡Caramba! Cuando recién empezábamos á conversar!—exclamó con brusca espontaneidad, y sin fijarse en la extrañeza con que lo miraba el joven irrefragable.

Pero Matilde ya había tomado una resolución, encantada por la ingenua sinceridad de Valmar, y oprimiéndole el brazo significativamente, exclamó con su voz sonora:

—¡Cuánto lo siento, Paquito! pero acabo de cederle la mesa al señor.—Y pasando de largo, con una profunda reverencia, dejaron plantado al joven irrefragable, mientras se dirigían á la mesa, conversando del grupo de mujeres rendidas á los pies del Apolo triunfante.

Entre tanto, y mientras Rodolfo discurría con Matilde, Felipe andaba dado á los diablos pareciéndole que todas las mujeres se habían confabulado para no hacerle caso hablándole tan sólo de su amigo. En efecto; su novia lo había abrumado por espacio de media hora afeándole sus procederes, y luego, como remate de sus impertinencias, le había puesto como ejemplo vivo y palpable el apasionamiento de su amigo, que era todo ternura y sentimiento, y que jamás sería capaz de proceder con una niña de aquella manera. Poco después, cuando pudo deshacerse de Ernestina, solicitada por otro compañero, y dirigirse á la dueña de casa para invitarla á bailar unas cuadrillas, ésta, fuera por mortificarlo, ó porque en realidad lo sintiera, es el caso que no le habló más que de Rodolfo, ponderando su fisonomía expresiva, su natural distinción y su físico hermoso y atraente.

—¿Debe ser un hombre muy vehemente?—le preguntó Sofía con el mayor interés.

—Vehementísimo!—contestó Felipe cargado. Y viendo entrar á su amigo en el co-

medor del brazo de Matilde, añadió:—Tan vehemente que mírelo como interesa á Matilde, que no es muy fácil de contentar que digamos.

—¡Ba! Eso no sería una prueba,—contestó la señora de Hostwald contrariada,—á una niña se la interesa de cualquier modo.

—No! Es que Matilde es toda una mujer, y de las más complicadas que he conocido!—exclamó Felipe.

—Parece que hablamos doloridos ¿eh?—dijo Sofía Hostwald sonriendo maliciosamente.

—Pero, no, Sofía; siempre está V. con esas: ya le he dicho que yo no tengo más pensamientos que para V., ¡única y exclusivamente para V.!—respondió Felipe con apasionado acento, oprimiendo fuertemente su mórbido brazo.

Pero la señora de Hostwald, que generalmente aceptaba los galanteos de Felipe y aun los alentaba, se puso repentinamente seria, y con acento un poco contrariado le dijo:

—Mire, Mont, es la segunda vez durante esta noche que le pido que no me hable así...—espero que no tenga que pedirselo una tercera.

Entonces Felipe no tuvo más remedio que guardar silencio, mientras pensaba para sus adentros que decididamente su amigo Valmar lo había desbancado por completo. Pero donde la medida acabó de colmarse, fué después que dejó á Sofía Hostwald y se encontró con su hermana Isabel que lo llamaba para decirle admirada:—¡Qué mono es tu amigo! che.—¡Vete al infierno!—le había contestado groseramente, y en la imposibilidad de que nada le saliese bien, se fué en busca de su novia para invitarla á cenar, lo que verificaron con el mejor de los apetitos.

Dos horas más tarde, cuando ya empezaba á nacer el día, los dos amigos salían de la fiesta, donde aún continuaban bailando un interminable cotillón, sin número de parejas.

—¡No te podrás quejar!—exclamó Felipe alegremente mientras se desnudaban para acostarse.—Me has quitado la novia, has flechado á mi hermana que está á punto de romper su proyectado casamiento, y, por fin, has destruido todas mis esperanzas con Sofía Hostwald.

—¡Ah! en cuanto á eso, me alegraría que así fuese,—dijo Rodolfo.—Por lo demás, puedes dejarte de historias.

—No, formal, las has flechado á todas; te garanto que á la de Hostwald no tienes más que llegar y descolgarla del árbol: es una fruta madura.

—Lo que es por mí, bien puede secarse si no hay otro que la descuelgue,—contestó Valmar muy seriamente, ya estirado sobre la cama que su amigo le hiciera improvisar,—ya sabes que respeto profundamente á las mujeres casadas.

—¡Hum...!—gruñó Felipe metiéndose entre sábanas—me parece que hay entra para algo Matildita!

—Sin duda! Ella y la otra y las mil mujeres libres que andan por el mundo... pero aunque así no fuese, obraría del mismo modo.

—Y bien, ¿qué efecto te ha producido Matilde?—preguntó Mont interesadísimo, pero aparentando no darle importancia á la cosa.

—No lo sé,—contestó Valmar perplejo,—sólo puedo decirte que todavía estoy deslumbrado... ¡Qué mujer!

Y como Felipe, satisfecho del éxito de su empresa con relación á Rodolfo, apagase la vela con intención de dormir algunas horas, éste con la imaginación demasiado excitada para conciliar el sueño, seguía con la vista los primeros rayos de luz que entraban por las rendijas de la ventana, mientras con la imaginación reconstruía las escenas de la noche.

LA ETERNA CANCIÓN

«Tuya para siempre, ó muerta,
tesoro del alma mía;»
á su novio así escribía
la pobre niña inexperta.

Ya diez años han pasado,
y la niña que así hablaba
(y que sin duda le amaba)
con otro hombre se ha casado.

¿Fué farsante ó fué una loca
cuando excitada y sin calma
todo el cariño de su alma
derramaba por la boca?....

Condenarla fuera injusto;
tiene deleites sin nombre
para la mujer y el hombre,
en amor, el primer gusto.

Sólo se le fué la mano
porque la pasión primera,
aunque fuerte, es pasajera
cual tormenta de verano.

Le doy, pues, mi absolución;
que á los dieciséis abríles
sin engaños femeniles
se equivoca el corazón....

RICARDO SÁNCHEZ.

ODAS DE HORACIO

(TRADUCCIÓN)

Otium divos rogat in patenti.
(Lib. II., Od. 16.)

Ocio á los dioses el piloto pide
Sobre las bravas olas del Egeo
Cuando á la luna velan pardas nubes
Y ni una estrella indica el derrotero.

Ocio pide la Tracia en lid refida,
Y, ornado del carcax, le pide el medo;
Que ni el oro, la púrpura y las perlas
Pueden pagar el ocio placentero.

El lictor consular, la recta vara
Del inspirado augur, del rey el cetro
No apartarán del alma las tristezas,
Ni esas que cruzan los dorados techos.

El sabio con muy poco se contenta,
Caro Grosfo, y es todo el ornamento
De su mesa la copa hereditaria.
Libre de sordidez, duermen sin miedo.

¿Por qué otro sol buscar, en otros mundos,
Y sobre lo imposible hacer proyectos?
Si no es posible huir la propia vida,
¿Por qué andar de la patria siempre huyendo?

¿No sube con nosotros á las naves
El cuidado—ese triste compañero—?
¿No monta á nuestra grupa y va más rápido
Que las nubes llevadas por el viento?

Olvide el que es dichoso en lo presente
De reformar su sino venidero;
Oponga calma á la fortuna adversa,
Que en este mundo no hay goce completo.

Aquiles, el glorioso, murió joven;
Cada día á Titón hace más viejo;
Igual hora, tal vez, á mí me aporta
Lo que á ti te ha negado el sino adverso.

Para ti mugen sicilianas vacas
Y balan tus rebaños de carneros;
Relinchan para ti las briosas yeguas
Que son de tu cuadriga el ornamento.

Con púrpura africana por dos veces
Teñido está tu manto:—más pequeños
Campos dióme la Parca, burlo al vulgo
Y en mi lay de Musa Griega un breve aliento.

Eheu, fugaces, Postume, Postume.
(Lib. II., Od. I.)

¡Ay, Póstumo! ¡Cuán rápidos los años
Corren, y la vejez cuán presto llega!
He aquí ya las arrugas, y muy pronto
Tal vez la muerte.

Aunque á Plutón, que á Ticio y Gerión guarda,
Tres hecatombes diarias ofrezcamos,
No apiadaremos al tirano de esas
Estigias ondas.

Es la ley. Y cualquiera que en la tierra
Ha vegetado, labrador ó dueño,
Ha de cruzar un día del olvido
Eterno, el lago.

No tratéis de evitar al fuerte Marte,
Del Adriático mar las altas rocas
Do el viento rompe con clamor inmenso
Las crespas aguas.

No queráis defender el cuerpo cuando
Llegue el otoño con mortales vientos:
Habrà que atravesar, al fin, las aguas
Tardas del Cócito.

Todos hemos de ver á las Danaides
Y el trabajo de Sísifo cansado.
Tu casa dejarás, tu esposa amada
Y tus dominios.

Y de todos los árboles, ¡oh, Póstumo!
Plantados por tu mano, solamente
El lúgubre ciprés será el que adorne
Tu triste tumba.

De Cécubo ese vino que el Pontífice
No bebió, guarda tú bajo cien llaves;
Que tu heredero al suelo de mosaicos
Tirará riendo.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Las apariencias engañan (1)

Con el fútil pretexto de separar de la frontera el germen del desorden y ocupar un país anarquizado, pero en realidad por ambiciones tradicionales de conquista, á últimos de 1816 invadió la Banda Oriental un ejército de doce mil portugueses al mando del general Carlos Federico Lecor.

Opúsole inmediata aunque infructuosa resistencia don José Gervasio Artigas, cuyas huestes sufrieron fuertes descalabros, al extremo de ser completamente deshechas por los intrusos.

El jefe de los orientales organizó entonces un segundo ejército compuesto de indios de las Misiones, gauchos de Entre Ríos, milicias de Santa Fe y Corrientes, y crecido número de gentes de su Provincia, de las pocas que iban quedando aptas para empuñar las armas y contrarrestar á los usurpadores.

Desgraciadamente para Artigas y los suyos, la suerte continuó protegiendo á los lusitanos, quienes triunfaron de nuevo en aquella lucha desigual de diez contra uno.

La altivez del precursor de la nacionalidad oriental no se doblegó ante tantos desastres; su férrea voluntad se sobrepuso á toda mira egoísta, é impulsado por el más puro y acrisolado sentimiento patrio, trató por todos los medios que las circunstancias le proporcionaban, de formar un tercer ejército que le permitiese redimir á su tan querida como infortunada tierra, de la oprobiosa dominación de los portugueses, enemigos por naturaleza y por tradición de los pueblos oriundos de Castilla.

Y fué tal la actividad que desplegara, y era tan sacrosanto el lema que el *protector de los pueblos libres* hacía ondear en las crestas de las más abruptas serranías, que al poco tiempo cuatro mil hombres militaban en sus filas, dispuestos á luchar sin tregua, á resistir con honra y á morir con gloria por la causa de su jefe, que era la causa de los oprimidos.

Sería inacabable la enumeración de las batallas libradas, las marchas y contramarchas que tuvo que realizar el ejército patriota, las acciones de guerra de que fué teatro el suelo oriental, los frecuentes combates y las diarias escenas de pelea.

En una de estas pequeñas escaramuzas, en que, como siempre, luchaban los valerosos soldados de la libertad en desproporcionada relación numérica, cayó prisionero cierto portugués, hacendado rico, acérrimo

enemigo de Artigas, hacia quien manifestaba el mayor odio.

Este sentimiento hostil para con el incansable luchador americano no era reciente; el lusitano lo albergaba en su pecho desde la venida del general Lecor, á quien había ofrecido el contingente de su fortuna, su influencia y su persona en apoyo de la causa de Portugal.

Y tan proverbial era la actitud del opulento estanciero, tanto entre sus parciales como en las filas de los patriotas, que hasta el mismo Artigas tenía conocimiento de ella, sabía las donaciones que había hecho, el decidido concurso que prestara á las divisiones portuguesas y hasta las virulentas frases que empleaba en sus juicios relativos á su persona.

Un prisionero semejante era, pues, una magnífica presa para los soldados artiguistas, quienes se apresuraron á poner en conocimiento de su jefe la adquisición que habían hecho.

—Conduzcanlo á mi presencia—les dijo el general Artigas á los que habían venido con el parte—pero sin decirle quién soy yo.

Una vez frente á frente el portugués y Artigas (que personalmente no se conocían), éste le preguntó por qué odiaba tanto al jefe de los orientales, y qué razones tenía para expresarse de un modo tan violento contra la personalidad del general Artigas.

—Porque es enemigo de nuestra nación, replicó el portugués.

—Es cierto—dijo Artigas—que nuestro general es enemigo de los portugueses, pero no tiene él la culpa de serlo, sino que los culpables son los que, sin motivo ni razón y prevalidos de su fuerza, han invadido nuestro territorio pretendiendo subyugar la libertad y la independencia de la Banda Oriental; los que aspiran por medio de una política páfida y rastrera, como la empleada por Lecor, á esclavizar á un pueblo que ha nacido para la libertad y no para humillarse ante un monarca extranjero, con el cual no nos ligan vínculos de ningún género, y que, además, carece de todo derecho para uncirnos al carro de sus tradicionales ambiciones. La actitud del general Artigas es una consecuencia natural de la posición en que se ha colocado Portugal; es un efecto, no una causa. Así, pues, el delincuente es el provocador no el provocado que se concreta á defender sus derechos, su patria y su honra.

Y así continuó el Libertador haciendo su propia defensa, aunque sin darse á conocer, deshaciendo las versiones calumniosas que en su contra circulaban; desbaratando el tejido de imposturas de que era víctima, y tratando de convencer á su interlocutor de que Artigas no era enemigo de Portugal por sistema, sino por dignidad, y de que su causa era tan noble y tan justa como habría sido la de Portugal si otra nación más poderosa y fuerte que el reino lusitano hubiese intentado arrebatarle su libertad é independencia.

Al iniciarse esta conversación el prisionero oía á aquel personaje para él desconocido con una indiferencia glacial, como hombre á quien no convencen razones: des-

(1) Autores consultados para componer este episodio: De-Maria, Arreguino, Pena, Pereyra.

pués lo entendió, pero con esa desconfianza peculiar de los incrédulos, hasta que, interesándose por las francas manifestaciones de Artigas, concluyó por escucharlo con verdadero recogimiento. ¡Tal es la influencia de la palabra cuando se pone al servicio de una buena causa!

—De modo—prorrumpió el hacendado—que Artigas no es una fiera.

—No, ni mucho menos, dijo éste sonriéndose.

—Y ¿podría yo verlo?—preguntó el portugués con manifiesta curiosidad.

—¿No temerá usted su presencia?—repuso Artigas.

Y ante la firme negativa del decidido campeón de la causa de los realistas, el Libertador replicó:

—Pues entonces, sepa usted ahora, que está hablando con el mismo general Artigas, el cual no tiene reparo en tenderle su mano y devolverle su libertad.

Atribulado al verse en presencia del hombre de quien se había formado un concepto tan erróneo, y conmovido por la libertad que se le otorgaba, el lusitano no tuvo palabras bastantes para expresar á Artigas su reconocimiento, su admiración y su respeto, retirándose convencido de que no deben emitirse juicios acerca de los hombres, aún los más calumniados, sin estudiarlos muy de cerca y sin conocer el móvil de sus acciones.

ORESTES ARAÚJO.

VERSIFICACIONES

MORDIENTES

Para pintar la humana hipocresía
y el mundo y su falsía,
anhelara tener:
del filósofo griego la ironía,
de Rabelais la audacia y alegría,
y el ingenio y sarcasmo de Voltaire.

PASIÓN CABALLAR

Murió la madre, y nada... ni un suspiro;
perdió una yegua, y se mató de un tiro.
Fué del hecho anterior protagonista
un culto y distinguido carrerista.

MORAL DEL ODIO

Jamás perdonaré de la impostura
la estólida mentira,
ni el insulto mordaz del maldiciente,
ni el babeo rabioso de la envidia.

Al hombre que hace mal, con mal pagarle;
que no hay moral peor ni más indigna
que aquella que aconseja al que es vejado
sufrir cristianamente la ignominia.

INCONSCIENCIA

Es tu cariño como la nave
desmantelada que cruza el mar,
y que sin rumbo fijo no sabe
ni qué la impulsa ni adónde va.

HOMO HOMINI LUPUS

La afirmación expresa
de que existen amigos verdaderos
no me causa sorpresa:
también entre los lobos hay corderos.

ADORACIÓN

Tengo á mi cabecera su retrato;
y está tan bien, que creo que la vida,
dando á lo material forma animada,
en la creación alienta del artista.

La veo sonreírse en mi delirio,
y al fulgurar su rostro la sonrisa,
tiembla mi corazón, mis fuerzas faltan
y caigo ante la imagen de rodillas.

DEUCALIÓN Y PIRRA

Si los hombres son malos por instinto
siendo genuinas obras del buen Dios,
¡oh mi amada! ¡qué magno laberinto
si, lo demás de lo humano extinto,
el mundo repobláramos los dos!

DUALIDAD

Por mi desgracia sé que eres tan bella
como pérdida y vil;
que hay en tu rostro mucho de la estrella,
pero aun más en tu alma del reptil.

ESPEJISMO

Peregrino que en el viaje proceloso de la vida
surcas mares, huellas montes y te lanzas por do
quier,
ten cuidado no te arrastren á mortífera caída
ni el abismo del ensueño ni la cumbre del placer.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

UNA CARTA DE COLOMBIA

De carta dirigida á nuestro co-redactor Víctor Pérez Petit por un joven y reputado poeta colombiano, D. Abraham Z. López-Penha, autor del libro *Cromos*, tomamos los siguientes párrafos:

«Muy distinguido señor mío: Por el último correo he sido favorecido con dos números de su muy interesante REVISTA NACIONAL, y siento que la suspensión de la *Revista Azul* me imposibilite de retornarle el canje.

Sin embargo, me permito esperar que V. continuará favoreciéndome con el envío de la REVISTA, donde he leído cosas tan interesantes como una parte de su estudio de «Peñas Arriba», el que me ha parecido luminoso al extremo.

Desearo de conocer algo de la literatura de esa floreciente república, me permito esperar que en lo futuro me honre V. con el envío de todo lo suyo y de sus más admirados compañeros de letras, obligándome á la reciprocidad y poniéndome desde ahora enteramente á las gratas órdenes de V. en todo lo que se refiere á mi humilde círculo.»

Junto con la carta, el señor López-Penha nos remite la siguiente hermosa composición para nuestra REVISTA.

ARPEGIOS

Cuando desgrana la primavera
Nuevos collares de margaritas,
Áureos florones, frescas guirnaldas
De madreselvas y campanillas;
Cuando al verde húmedo de los verjeles
Ciñen festones de rojas guindas,
Y á las libélulas de élitros de oro
Su miel les brindan las clavellinas,
Cuando en los huertos se abren las rosas
Qual bocas vírgenes en sangre tintas,
Y en los torneos de airosa danza
Son las miradas dardos y chispas,
Los pechos fraguas, los labios ruegos,
Nudos las manos y el alma lira;
Cuando en las noches de serenatas
Vibran los tiples y mandolinas
Por las desiertas, hondas callejas,
Entre los ecos de la marimba;
Y el bordoneo de la guitarra
Manda en sus notas tiernas misivas
De amor y ensueños de primavera;
Entonce el hada Melancolía,
La inspiradora de mis rondeles,
De mi ventana por las rendijas,
En un plateado rayo de luna,
Como impalpable forma se infiltra....
Junto á mi mesa callada viene
Y con extraños ojos me mira,
Y evoca en mi alma perdidos ecos
De mis amores, sombras queridas
Que en redor mío pálidas flotan.
Voces insólitas, ansias dormidas,
Toda la ronda de mis recuerdos,
Todo el tesoro de mis reliquias;
Y á sus conjuros tristes y alegres,
Brotan las flores con las espigas,
Y, como rosas que el broche esponjan,
Se abren mis hondas, viejas heridas.....

Es que los tiples, cuando se quejan,
Y cuando gimen las mandolinas,
Algo muy dulce, tristes murmuran,
Algo muy triste, dulces suspiran;
Mas lo que dicen sólo lo sabe
El poeta pálido de extrañas rimas,
Y lo que quieren lo sabe sólo
La virgen blanca, la pensativa,
Cuando en los cielos de Primavera
Se abren las rosas en sangre tintas.

ABRAHAM Z. LÓPEZ-PENHA.

Diciembre de 1895.

LA LÍRICA EN FRANCIA

LA EVOLUCIÓN POÉTICA
(Conclusion.)

Leconte de Lisle abría sus salones á los discípulos. Sully-Prudhomme, Francisco Coppée, Armando Silvestre, Catulle Mendès, José M^a. de Heredia, Luis Ménard, Villiers de l'Isle Adam, Leon Dierx, etc. celebraban allí sus primeras sesiones, discutían las ideas artísticas, hacían crítica seria é imparcial y festejaban los triunfos de los com-

pañeros, todo en perfecta armonía y con charla llena de *esprit*, y sin que el festejado poeta de los *Poemas bárbaros* tratara de imponerse como dictador. Y fué en esos sábados íntimos, durante largos años, que la nueva generación bebió la savia que hoy le anima. La obra toda de los parnasianos está bañada por la luz cíclica de la trilogía de Leconte de Lisle.

Pero, hacia el año de 1860 la poesía en Francia estaba casi muerta: se recordaba con veneración a Víctor Hugo, y nada más. Es este un fenómeno sociológico-intelectual en un todo idéntico al presentado por España en el último tercio del siglo XVI y durante todo el XVII. Es fácil poner de manifiesto este parangón aun con la sola ayuda de la memoria. El amaneramiento y el artificio—que alcanzaron su período álgido con Villamediana y Góngora, hasta dar lugar á la infelicidad poética del siglo XVIII—sustituían á la inspiración; y ya no se hacía más que admirar el esplendor y grandeza de los maestros Fray Luis de León, Garcilaso y Fernando de Herrera. Los Argensolas, Baltasar de Alcázar, Juan de Jáuregui y Santa Teresa de Jesús, de fines del siglo XVI, tienen sucesores en el siglo siguiente, sin que sea posible entresacar de entre todos ellos más de cuatro nombres ilustres: Rioja, Quevedo, Lope de Vega y Góngora. La primera mitad del siglo XVIII se alcanza sin encontrar otra cosa que medianías, poetastas en los que domina la obscuridad é hinchazón de la frase, faltándoles numen y luciendo, á cambio, pedantesca erudición; vates, enfin, que pretenden ser grandes, secudos y originales empleando giros duros y difíciles, metáforas enrevesadas, conceptos quitesenciados y haciendo de las estrofas verdaderos laberintos en los cuales el lector infortunado puede envidiar, sin exageración al Dédalo de la mitología helena.

Pues lo mismo, exactamente lo mismo—aunque es cosa de pocos años—va sucediendo en Francia desde 1860 á la fecha. Allí, según he apuntado, no se recuerda más que á los maestros; y los jóvenes, salvo muy reducido número que indicaré, parecen anémicos, fatuos, pobres y áridos como aquellos de España á que acabo de referirme. En una palabra: es la época de la verdadera crisis de la poesía lírica.

Una reacción se inició, sin embargo. Un joven atrevido que acababa de llegar de Burdeos y que, apenas casado con la hija mayor de Teófilo Gautier, se hizo asiduo concurrente á los sábados de Leconte de Lisle, Catulle Mendes, alzó su pabellón de guerra. Todos aquellos jóvenes que no conseguían entrar bajo la arcada gótica y tradicional de la *Revue des Deux Mondes*, ni en cualquiera de las otras que oficiaban ante el mármol altar del clasicismo, acudían al salón democrático y vivificado con aires de Fronda del autor de *Les soir moroses*. Él, Mendes, fué el fundador de numerosas revistas que apenas vivían cuatro ó cinco meses, pero que se sucedían rápidamente las unas á las otras y donde la juvenil y revolucionaria legión hacía sus primeras armas. Tan sólo les faltaba un distintivo, un nombre, un título; mas pronto dieron con él. El editor Lemerre les publicó una colección

de versos rotulados *El parnaso contemporáneo*, y desde ese día se llamaron «los parnasianos».

Los profanos creyeron ver en este renacimiento poético á los continuadores de Hugo,—como quien dice, la nueva era romántica que haría olvidar por completo á los viejos clásicos. No se sospechaba entonces que aquella intrépida falange era la predestinada á dar el golpe de gracia al romanticismo.—Cierto es que los parnasianos amaban á Hugo, pero le amaban como se ama á un antepasado ilustre que no hemos conocido y cuya sangre corre debilmente por nuestras venas. Eran románticos... así, por lo menos, se lo figuraban ellos mismos. Con tinuaban la evolución poética, adoptando los principios de Leconte de Lisle y de Teodoro de Banville, exagerando las ideas y las reglas artísticas hasta convertirse ellos mismos en unos *dérailleurs* morales y sensitivos. Con tal procedimiento, desempeñaron el doble papel de verdugos y de suicidas, pues se aniquilaron á sí mismos y dieron el último golpe de hacha á la escuela romántica.

Su principio—la piedra sagrada de los parnasianos—fué formulado por Catulle Mendes, que se inspiró para ello en el poeta exótico de los *Poemas antiguos*: hacían voto de indiferencia; la impasibilidad debía ceñir con su rayo nítido é impalpable la frente de los jóvenes Apolos. Nada de cantar los amores del corazón ni llorar las penas del alma; nada de sonreír á impulso del tibio y amoroso fuego de la ventura, y mucho menos de amargar el gesto ante esas miserias humanas que pueblan de sombras la mente y estrujan dolorosamente el corazón; nada de descender hasta el arroyo, donde la multitud, con su vaivén interminable de corderos de Panurgo, nos roza, nos aturde, nos marea y nos mancha; nada, enfin, de vulgar, nada de preciso, nada de real, nada de lo que se vive. Había que irse muy lejos, en sueños, á lo desconocido, á las regiones de la luz increada, á las selvas vírgenes del último rincón de la tierra, á las salvajes montañas cuya cúspide tan sólo han contemplado las eternas estrellas. Era el espíritu de Leconte de Lisle el que se enseñoreaba triunfal de aquellas estrofas pulidas, tersas, casi bronceadas; y por ello es que la poesía de los parnasianos tiene toda la serenidad olímpica de la vieja estatuaría ateniense,—esa poesía que traza la línea firme y augusta á golpes de cincel, que hiela los afectos del alma, las dulcísimas rapsodias del corazón y los perfumados recuerdos de la mente; esa poesía que reproduce en fríos bajos-relieves y mármoleas columnas los desmayos y languideces de la carne, el fuego sagrado de la inspiración y las queridas melancolías de los primaverales amores. No hay allí un latido humano, un hábito de vida, un estremecimiento de pasión, una dulcísima queja, ni un errático suspiro; todo es yerto, mudo, indiferente, glacial, con la majestad del bronce labrado maravillosamente y los resplandores del diamante; con la tersura del pórfido escultural y la imponente severidad de los mausoleos.

Así, la versificación de todos estos poetas resulta originalísima. Sus consonantes no

son los casi vulgares de Lamartine y los sonoros de Hugo, sino que se destacan al final de los hemistiquios como notas metálicas, raras, caprichosas, desconocidas. Y en esto no hacen otra cosa que seguir la estética de Banville,—ó de Malherbe, para ser justos, pues cualquiera que haya estudiado con detención á este célebre gramático del siglo XVII, podrá encontrar sus reformas de la poesía reproducidas en el *Petit Traité de Poésie française*,—esa que exige la corrección esmerada y la pureza ideal de la línea á los alejandrinos, la amplitud y rigidez de la escultura á las estrofas, y á las rimas novedad, música, colores, reproducción de la vida por el genio todopoderoso de la palabra. Las rimas, pues, obedecen á un verdadero estudio de acústica, ya que con su sonido tan sólo debe el poeta, las más de las veces, dar la inmediata sensación de lo que quiere decir ó significar. «Si sois poeta—dice Banville en la obra citada—comenzaréis por ver en la cámara oscura de vuestro cerebro todo lo que queréis mostrar á vuestro auditorio, y al mismo tiempo que las visiones, se presentarán espontáneamente á vuestra mente las palabras que, colocadas al fin del verso, tendrán el don de evocar esas mismas visiones para vuestros oyentes.» Esta sugestión producida por las palabras, esta virtud omnipotente de la armonía del verso por la rima, es, según queda dicho, el artículo de fe de los parnasistas y la línea imperceptible que les une á los decadentes.

Lo que no dejará de ser admirado en los versos de los parnasianos es la forma; en cuanto á la idea, la desprecian á la manera de Gautier. El idioma sale de sus manos pulido, terso, sin una mancha, como láminas de oro labradas artísticamente para ser empujadas en pirámides de granito.

De los poetas parnasianos se desprendió una rama que allá por el año de 1876 empezó á trabajar porfiadamente por sus principios, hasta que diez años más tarde, en 1886, se dió á conocer en todo su auge. Son los *decadentes*, *progresistas*, *wagnerianos*, *quintessentes* ó *simbolistas*—que de todos estos modos son llamados. Poco menos que imposible es precisar el origen de estas distintas denominaciones, y el mismo Symons que pretendió hacerlo, no nos dijo nada de nuevo ni de cierto. Por mi parte, me concretaré á exponer sus cánones literarios, y así el lector puede hacer su opinión.

Yo llamaría á estos semi-parnasistas con el nombre de «excéntricos», ó mejor aún, los «neuróticos», pues su poesía tiene mucho de raro y bastante de enfermizo. (1) Calcule, sino, el lector que su credo literario es aquella paradoja de Gautier: «Para el poeta, las palabras tienen en sí mismas y fuera del sentido expresado por ellas, una belleza y un valor enteramente propios, como esas piedras preciosas que aun no han sido talladas ni engarzadas en pulseras, collares y anillos, y que, sin embargo, encantan al conocedor que las mira centellar satisfecho, cual lo haría un artífice que calculara una

(1)—Rubén Darío ha dado á la publicidad algunos artículos (que actualmente colecciona para formar un libro) bajo el común título de *Los Raros*, y en los cuales estudia, muy á la ligera es cierto, á estos poetas franceses.

joya. No se puede negar que existen palabras que son diamantes, zafiros, rubíes, esmeraldas, y que existen otras como el fósforo frotado, y que es pequeña la tarca de saberlas escoger. Calcúlese, después, que los decadentes aceptan esto al pie de la letra; que suponen, v. gr., a la palabra *air* un color azul, a *mujer* un color de rosa, a *triumfo* un color de púrpura, etc.; que los mismos nombres propios tienen sus matices (Esteban Mallarmé dice que el nombre de *Enito* tiene un color verde lapizlázuli, etc.); que a cada vocal se la distingue también por un tono distinto, —como lo hizo Rimbaud en un soneto que es la piedra sagrada de la iglesia decadente, o según lo explica René Ghil en su *Traité du Verbe*; calculad, en fin, que se ha llegado a decir en distintos folletos que las palabras no deben emplearse en la dicción por su significado corriente y etimológico, sino por su *olor* o sus *gestos* o su *sonido onomatopéyico* o su *color* propio, y diga cualquiera si esto no es una neurose (1).

«De la musique a va-t-elle chose,
Et pour cela, préfère l'Impair
Plus vague et plus soluble dans l'air,
Sans rien en lui qui pèse ou qui pose.»

exclama Verlaine; y en esta hiperestesia musical, los decadentes llevan a su período álgido la estética de Banville, haciendo de sus estrofas verdaderas zarzandas dignas de acompañar la danza sagrada de los negros de Haití, con sus sonidos extraños de tam-tam y sus modulaciones exóticas de kinos hebraicas. Los versos de los *decadentes* o *instrumentistas* o *romanistas* o *delirantes* resultan, debido a esta verdadera originalidad estética, un hacinamiento de palabras sin sentido muchas veces, y otras, sin relación alguna entre ellas.

Estos errores y aberraciones tienen, sin embargo, un paréntesis entre los mismos sectarios de la escuela. Hay muchos de ellos, los *simbolistas* (casi hay tantas ramas entre los decadentes como poetas), que no llevan su teoría hasta la exageración y no caen, por lo tanto, en lo ridículo. El vulgo o los hombres poco versados en estas cuestiones literarias no saben ni pueden distinguir las diversas sectas en que está dividida la actual iglesia poética. Al atacar a los decadentes, envuelven en sus reproches a los parnasianos y a los simbolistas. Ya he precisado los caracteres distintivos de los dos primeros; veamos ahora quién son los últimos.

Los *simbolistas*, —que yo llamaría decadentes mitigados o racionales, han empezado por plantearse este problema: ¿Cómo se puede describir un estado psíquico determinado, o lo que viene a ser lo mismo, cómo llevar al ánimo de los lectores las mismas sensaciones que experimenta el autor? Y contestan: preparándole progresivamente; envolviéndole poco a poco, y sin que dicho lector se dé cuenta de ello, en medias tintas, en una especie de neblina que haga el efecto de medio ambiente; sosteniendo la nota hasta que se imponga al cerebro de los oyentes, y haciendo brotar, en fin, de esas

líneas y sonidos confusos al principio, más claros luego, la figura y la nota que reproduce fielmente la propia nota y figura concebida por el autor. La colocación de las palabras en la oración, la medida precisa de los adjetivos, las sinelefas y diéresis, el mismo acento prosódico y el propio del verso, la eufonía de las palabras, todo esto tiene su importancia; y bien manejado puede dar al lector la sensación misma que experimenta el poeta.

Es claro que la primera impresión que causa el procedimiento de los simbolistas es desagradable y chocante. No sabemos con quién hablamos y hasta llegamos a creer que se trata de un loco. Pero, lentamente, esa excentricidad nos llama la atención, nos hace sonreír con benevolencia; después, tomamos interés y examinamos despacio el trabajo; poco a poco y paso a paso descubrimos los hilos y dibujos de esa especie de kamoua poética; el mérito y la conciencia de la labor se nos impone, y no sonreímos ya; —entretanto, la persistencia de aquella música cuyo origen no acabamos de penetrar y de aquellos colores que vemos no sabemos cuando ni donde, forman en torno nuestro una atmósfera especial, un ambiente de ensueño, a la manera del que da el opio a sus fumadores; el contorno, el perfil, la silueta se precisan y empiezan a danzar en el claro-oscuro tejido por el poeta, y, por último, penetramos de lleno en el alma de nuestro autor: reímos con su risa, lloramos con sus lágrimas, vemos los mismos colores que él y sentimos los perfumes que él siente.

Esta poesía, verdadera antítesis de la de los parnasianos, reviste la forma de ensueño y tiene todos los refinamientos y exquisiteces de las sensaciones más vaporosas e inmatéricas. Las palabras pierden su forma, su rigidez, su estricta representación del pensamiento, y, como si la mano de un hada les prestara inusitada vida, esfuman sus contornos, toman relieves y moribundos innarrables, enciéndense en matices y fulgores para tejer, sobre un fondo impalpable, apocalípticas alegorías de visiones calenturientas, maravillosos bordados que parecen diluirse en móviles y caprichosas voluptas de humo o representando al través de nieblas blanquecinas reverberaciones de piedras preciosas, ocultas en terrenos lacustres, las imágenes, las ideas, las sensaciones que informan el pensamiento humano y le han despertado con su paso silente al través de las células del cerebro.

En otro estudio, —en el consagrado a los hermanos Goncourt, —he examinado detenidamente la parte psicológica de su estilo. Lo dicho allí, puede aplicarse perfectamente aquí, pues los insignes creadores de *Germine Lacerteux* son los padres espirituales de los simbolistas. No tengo, pues, por qué detenerme por más tiempo en este examen de la estética simbolista. Tan sólo diré que no cabe tacharla de ligera y frívola, desde el momento en que el estudio es precisamente su alma generadora. Y el error, muy generalizado ya, de confundir en un solo grupo a parnasianos, decadentes y simbolistas, debe ser combatido, como ese otro, también, de creer que estos últimos tienen por único

objeto el expresar las ideas por los *colores* de las palabras.

¿Necesito, ahora, citar los nombres de los poetas que forman esta segunda etapa de la evolución poética en Francia? Me limitaré a nombrar los principales: Catulle Mendès, el creador de *Les Odelettes guerrières*, *Les contes épiques*, *Hesperus*, etc.; Pablo Verlaine, el de *Les poèmes saturniens*, ya citados, y *La bonne chanson*, *Les fêtes galantes*, etc.; Anatolio France, el Chénier de las *Bodas corintias*; Arturo Rimbaud, el autor del *Relicario*, *Les chercheuses de pour*, etc., y del originalísimo soneto que da a cada una de las vocales un color distinto; Esteban Mallarmé, que más que parnasiano deberíamos llamar decadente, y que escribió *L'après-midi d'un faune*; José María de Heredia, cincelador de admirables sonetos, verdaderos caprichos artísticos, flores exóticas, esmeraldas de limpias luces, y autor de *Los Trofeos*, libro que ha merecido los más calurosos elogios de Leopoldo Alas (Clarín); Juan Rameau, cuya *Vida y muerte* y la *Canción de los As-tros* revelan al gran estilista; Delaure de Strada, el poeta filósofo de *La mort des dieux*; Augusto Vacquerie, que en su *Futura* rayó en lo épico; Méral, el creador de *Quimeras*; Juan Aicard, el descriptivo poeta de los *Poèmes de Provence* y que parece abandonar a los parnasianos por los naturalistas; Armando Silvestre, el soñador empedernido de *La chanson des heures*, *La chanson des étoiles*, *La gloire des souvenirs*, *Les renaissances*, etc, etc, y Federico Mistral, el cuasi realista autor del precioso poema *Mireya* y de la colección de poesías *Las islas de oro*.

Y hénosnos aquí, por fin, frente a los poetas jóvenes de Francia, —a esa falange atrevida y extraordinaria, verdaderos cultores de lo exótico y de lo raro, los soñadores excéntricos que pasean sus sueños por el mundo de las quimeras, platicando con los faunos y los grifos, persiguiendo los gnomos y gorgonas y embelesándose con las bacantes que cruzan desenfundadas al través de los bosques consagrados, o desmayando de ventura ante las deslumbrantes nereidas que van, en rondas silentes y voluptuosas, danzando bajo las sombras misteriosas y perfumadas del jardín de las Hespérides; —esa turbamulta de los nuevos, ebrios de sensaciones refinadas y agudísimas, sedientos de luz y de matices, espíritus hipnotizados por el genio de las palabras, por sus modulaciones secretas y extrañas; que viven en una vibración continua, cual si fueran cristales sutilísimos, a impulsos de una música extraña y semi-salvaje; pobres visionarios que discurren al través de los mundos siderales empapando su frente en el refulgente rocío de los soles o sepultándose en las tenebrosidades de la Germania legendaria donde aún palpita la tremenda venganza de Crimilda y donde los enanos de lengua barba blanca balbucean esas palabras incompresibles que presiden a los destinos del hombre, bajo las sombras de los árboles centenarios y a orillas del Rhin sombrío y melancólico.

Cada uno de estos poetas es original, único y permanece aislado en medio de los compañeros. No pertenecen a iglesia determinada y cada uno oficia en el altar propio

(1) —Salvador Rueda, el simpático estilista español, que tiene su miga de decadente, ha publicado hace algún tiempo un artículo, pretendiendo demostrar en él que las palabras tienen peso.

de su capricho personal. Valade, el eterno desventurado, el enamorado de lo Eterno y lo Desconocido, el soñador del *nihil* poblado de impalpables rapsodias, no tiene punto alguno de contacto con Glatigny, uno de los antecesores de Catulle Mendes y cuyas estrofas triunfales de armonías parecen ungüentos y perfumes de los divinos sacrificios babilónicos; Bergerat pasea solitario á orillas de la castálca fuente sin advertir al olímpico Mounier; Deroulède campa á millares de leguas de Beauclair é igual independencia observan d'Hervilly, Rollinat, Hugaies, Kahn y Moreas.

Sedientos de idealidades, almas azotadas por una hiperestesia inconcebible, espíritus abrasados por llamas celestes, por amores frenéticos, por recuerdos legendarios, por filosofías olvidadas en los negros panteones de las civilizaciones desaparecidas, no viven la vida que nosotros vivimos, y ora resultan contemporáneos de los bárbaros que cruzaban en rápidos corceles las llanuras del Asia Menor, ora visten la túnica blanca de los Aedas atenienses, ya ofician á par de los sacerdotes sálicos, ya filosofan en un obscuro rincón de Alejandría al lado del viejo Ptolomeo, ora, en fin, se arrojan al través de los espacios siderales, á lo infinito, á lo desconocido, á lo increado para deleitarse con el concierto serenísimo y majestuoso de los mundos rodando en el vacío. Adolfo Rette, el autor de *Cloches en la nuit*, divaga en torno al Walhala, y sepultado entre las espesas nieblas del Norte tiene todas las salvajes é indescifrables armonías de un wagneriano exaltado, refinando sus voluptuosidades y sus dolores con arpegios metálicos, de bronce, y con sangrías acústicas que empañan aún más sus nublados ojos de visionario germánico;—Mauricio Møsterlinck, el loco divino, el creador de seres extraños y demonomaniacos, que reside en agrestes regiones y escucha voces trágicas en el gran silencio de las noches lóbregas; verdadera alma desordenada y frenética, impenetrable para las gentes positivistas y mercantiles de nuestros tiempos, y que verifica ca en sus versos verdaderas orgías de palabras;—Stuart Merrill, el arpista enamorado de las notas sagradas que arranca á su harpa de oro y que se estremece con espasmos salvajes de placer ante la sola vibración de las palabras; el espíritu más empapado en las nieblas y en la luz, en los aleteos de vida y estertores agonizantes de las cadencias del idioma;—Laurent Tailhade, el de las magnificencias del estilo, que viste sus ideas con ropajes de escarlata salpicado con soles, y que hace de sus estrofas arcadas góticas recargadas de molduras, bajo-relieves dignos de la antigüedad clásica y caríatides atrevidas y soberbias, de esas que se destacan sobre el frente de los monumentos como animadas de un soplo divino;—Saint Pol Roux, el poeta y filósofo mitad panteísta y mitad místico, creador del arte magnífico y cuyos cantares, intraducibles para la gran mayoría del público, parecen encinas seculares que alimentaran sus raíces en las verdades de la madre naturaleza y refrescaran sus frutos de oro con las brisas fantásticas que ruedan candenciosas al pie de las estrellas;—Jules Rois, el sacerdote de las antiguas

religiones, el poseído del genio del mal, el alma extraviada y simpática que vaga desesperada, sedienta de fe, anhelosa de secretos y de misterios por los subterráneos de Pompeya, los templos de Babilonia y las grutas de las pitonisas Delficas; cultor de la magia enloquecedora, de los falos consagrados, de los símbolos deslumbrantes y omnipotentes;—y todavía aparecen en este mundo de poetas extraños y originales, Maclair, Henri Beranger, Laforgue, Reynaud y cien otros que escapan ahora á mi memoria ó que seguramente yo no conozco, pero que parecen arrastrados por un vendabal, sacudidos perennemente por delirios frenéticos, atronados por sinfonías altraterrestres y enneguecidos por auroras eternas cual nuevos Melesigenes en las esplendorosas irradiaciones de su excelsior inmortal.

¡He aquí á lo que ha venido á parar aquella aurora resplandeciente del romanticismo cuyo brillante sol lo fué Víctor Hugo! ¡He aquí á lo que se ve reducida la lírica francesa anterior y posterior al renacimiento! ¡He aquí la pléyade de escritores contemporáneos!

Y que estos vates (parnasianos, decadentes y simbolistas) son el fruto fatal y necesario del romanticismo de 1830, es un hecho innegable. El lector que nos ha seguido pacientemente en este rapidísimo bosquejo de la evolución poética en Francia, habrá podido notar perfectamente la verdad de lo afirmado. La segunda etapa de la lírica francesa no es más que la evolución obligada de la primera. Más aún: el notable poeta italiano Enrique Panzocchi, autor de un bien pensado artículo sobre «Los Decadentes», hace notar que en muchos versos de Víctor Hugo el decadentismo se encuentra en germen... «especialmente—dice el autor de *Unici racconto*—en las *Chansons des rues et des bois*, ó yo me equivoco mucho ó la vegetación viciosa y estrambótica principia ya á trepar visiblemente en torno de los árboles majestuosos de la floresta hugoniana.»—Leconte de Lisle les presta su acento épico de poeta extranjero de la tierra; Banville les dicta los principios estéticos; Gautier les enseña la forma y los deslumbrantes matices del estilo; Baudelaire les da su nota escéptica; y de todos ellos tomando algo para exagerarlo y extenderlo, forman su escuela. De este maridaje resulta la confusión en que han incurrido algunos críticos: se pretende hacer descender á los decadentes de Leconte de Lisle, otros miran á Baudelaire como el padre espiritual, los más proclaman á Banville. No, mil veces no No es un poeta solo el que ha hecho á estos otros modernos: es toda la generación de Apolos que se va; son todos los románticos, en una palabra. Y de ahí, también, el que se haya venido incurriendo, de largo tiempo atrás, en otro crásimo error, cual es el de confundir en un solo grupo á decadentes, parnasianos y simbolistas.

Nada diré de André Theuriot, Alfonso Daudet y Pablo Bourget, pues que ellos, más que poetas, se distinguen como novelistas. Está, pues, terminado el ciclo romántico: las dos grandes etapas en que he dividido por rigurosa lógica y principios que

alcanzará el lector sin que yo tenga que indicárselos, han desfilado á nuestra vista presentándonos cada una de ellas sus *genios parciales*, como les llama Guyot, que también cree no ha habido en Francia verdaderos poetas creadores desde Víctor Hugo hasta nuestros días;—pero *genios parciales*, me apresuraré á advertirlo, que no tienen nada que envidiar á los genios líricos castellanos y que, si no los apreciamos así, es, únicamente, porque no poseemos el idioma francés, y en cambio tenemos en el oído, des de chiquillos, la música de los endecasílabos de la madre patria.

El romanticismo está concluido; la escuela decadente no ha producido, ni producirá, el genio capaz de sustituir la pérdida de Víctor Hugo. El naturalismo, por su parte, se ha estancado, primero, con el genial Sully-Prudhomme, y luego, con Juan Richepin y Francisco Coppée. ¿Cuál será el poeta del porvenir, el *genio total* que levante la lírica francesa hasta el altar en que oficiaron Racine, Chénier y Hugo?

VICTOR PÉREZ PETIT.

EL CEMENTERIO DE CAMPO

Era la tarde. Distráido y solo,
Sin goce ni pesar,
Por la orilla paseaba del pueblito
Do fuera á veranear.
Pequeño muro se ofreció á mi paso
De piedra sin labrar,
Cuyas grietas brotaban verdes yayos,
Que hacían recordar
Vieja cortina, siempre estremecida
Por el aire tenaz.
Busqué la entrada y encontréla abierta
Como invitando á entrar;
Una cruz gigantesca que se alzaba
En medio del lugar,
Con los brazos abiertos me decía:
Aquí reina la paz.
Entré, y la yerba se quejó á mi paso
Como queriendo hablar;
Una banda de tordos y pardillos
Levantóse á volar,
Y huyendo por el aire repetía
Su alarido cantar.

Sentéme en una piedra, quizá restos
De alguna antigua cruz;
Estaba el cielo puro, luminoso,
Hermosamente azul,
Y entre las plantas se movían alegres
Aire, sombras y luz.
Sobre las tumbas el frondoso trébol
Su tierna juventud
Ostentaba, tomando de cadáveres
La vegetal virtud,
Y allá en el viejo, carcomido fondo
De un vacío ataúd
Pululaban insectos de mil formas,
Color y magnitud.
Más allá, de los huecos cavernosos
De un cráneo do hubo luz,
Quizás talento, ideas creadoras,
Voluntad y virtud,

Una flor sencillísima surgía,
Y con alas de tul
Mariposa luciente la buscaba
Con fiel solicitud.

**

Crecían arbustos en la fértil tierra
Bañándose de sol,
Y reventaban flores en sus tallos
Y en las flores olor.
Entre las ramas de frondosa malva,
Un amante gorrión
Plácido sus pichones mantenía
De su pluma al calor,
Mientras activa la feliz pareja
Arrancaba al terrón
Semillas tiernas ó jugosa larva,
De su prole ambición.
Todo era vida en el humilde sitio
Tumba del labrador:
Vida en la tierra que cubría sus restos
Con maternal amor,
En el botón cerrado, en el pímpolo,
En la aroma y la flor;
En la forma de insecto se arrastraba
Humilde á mi redor,
Ó cruzaba en brillantes mariposas
Por los rayos del sol.

**

Poco á poco los tordos y pardillos
Que huyeron á mi entrar,
Sin recelo volvieron, y en la yerba
Posando su volar,
Larvas é insectos listos perseguían
Con venturoso afán.
Bajaba el Sol radiante de hermosura
Al palacio del mar
Con sus tules de oro revistiendo
El verdoso sauzal,
Y en lo más alto de la cruz, señora
Del recinto de paz,
Melodiosa calandria sus canciones
Empezó á preluar,
Como el pastor arcadio que, al dormirse
Apolo sobre el mar,
En su rústica flauta despertaba
Suavísimo cantar.

**

Todo era vida en el humilde sitio
Tumba del labrador;
Todo era luz y aromas, y la brisa
Con vuelo seductor
Columpiaba en los tallos orgulluosas
Las hojas y la flor
Ni blanco mármol de severo y frío,
Fatídico esplendor,
Ni de guirnaldas, por el arte bellas,
Lujosa profusión,
Ni las cifras de oro, ni las fechas
Del soberbio panteón
Eclipsaban allí la dulce ofrenda
Y el rústico fulgor
Con que natura cubre las humildes
Tumbas del labrador.

1860.

RAMÓN DE SANTIAGO.

Románticas

Si yo fuera la brisa perfumada
Que entre las flores del jardín ondea,
Al pasar por tu lado, hermosa mía,
¡Qué beso más espléndido te diera!

**

Cuando miro tus labios tan hermosos,
Me parece que son
De un ave roja las tendidas alas,
Prontas para volar, buscando amor.

Y cuando te sonries hechicera,
Me parece que el ave ya voló,
Y que en vez de sus alas
Mirando estoy una granada en flor.

**

Esas horas que en el alba
Nacen de plata adornadas,
Y que más tarde doradas
Á la luz del Sol están;
Esas horas que en la puesta
Tintas de sombra ya tienen....
¡Qué alegres son cuando vienen!
¡Qué tristes cuando se van!

Las esperanzas que el alma
Forja en constante desvelo
Y que en las dichas de un cielo
Cifran su amor y su afán;
Las esperanzas que muertas
Sólo una pena retienen....
¡Qué alegres son cuando vienen!
¡Qué tristes cuando se van!

**

Yo te busqué en la tierra y en el cielo,
Y no te pude hallar....
Abrí mi corazón, y ¡oh santo anhelo!
¡Mira dónde te había de encontrar!

**

Tomé la pluma ansioso, y en la blanca
Cuartilla de papel
Dejé que ella corriera, como corre
Velo la rueda, sin saber por qué.

De pronto, una palabra había escrito
Que me hizo estremecer....
Mi pupila leyó: ¡y era tu nombre
Que escrito había sin saber por qué!

PEDRO MARTÍ.

DOLOR

Sentado junto al río, silencioso,
Entre los verdes sauces de la playa,
Contemplaba las ramas temblorosas
En el bruído espejo de las aguas.

De la vecina selva, que parece
Con sus leves, pausados movimientos,
Negras olas de un mar desconocido
Batidas suavemente por el céfiro,

Llegan ecos de extraña melodía;
Cantos de un ave huérfana que gime;
Notas del harpa que, llorosa, entona
Versos de una canción lánguida y triste.

Brilla Diana en el alto firmamento,
Como si fuera gigantesca lámpara.
Y el valle, el monte y la llanura envuelve
En terso manto de blancura pálida.

Yace el alma en el fondo de un abismo;
Surcan el rostro las candentes lágrimas,
Y de mis labios, balbucientes, brota,
Bálsamo del que sufre, la plegaria.

JOSÉ SALGADO.

La propiedad territorial en el Derecho Internacional

Teorías sobre su origen y desarrollo

(Conferencia leída por su autor en el aula de
Derecho Internacional Público de la
Universidad).

La propiedad es tan antigua como la sociedad. Su estudio es siempre nuevo. Hay en él perpetuamente cuestiones que dilucidar, puntos oscuros sobre los cuales aun los hombres de ciencia no han armonizado opiniones, y su interés, como el fuego de los templos romanos, se renueva sin cesar.

El origen de la propiedad, el concepto que de ella tuvieron nuestros antepasados, su carácter colectivo ó individual, las transformaciones que el tiempo, las costumbres y los hombres le han hecho sufrir, han sido temas preciosos en los que los más eminentes filósofos, juristas y estadistas han dejado huellas de su portentoso talento, esforzándose por hallar solución práctica á estas cuestiones.

Es así que he considerado propio detenerme en su estudio, toda vez que llegada hoy la sociedad á un grado de desenvolvimiento y adelanto muy lejos de aquel en que se iniciaban los estudios sobre la propiedad, ésta, ya por exageraciones de sentimientos humanitarios, ya por el desborde de pasiones políticas ó por las ideas corruptoras de un grosero mercantilismo y la miseria y sufrimientos de una masa crecida de la humanidad, amenaza revestir hoy las formas más aterradoras y espantosas, porque turba hambrientas que golpean nuestro edificio social con la rabia que despierta el dolor, quieren resolver el debate, no por la razón, por la ciencia y por la justicia, sino de una manera brutal, grosera, precursora de desgracias infinitas.

Aquí sólo nos proponemos estudiar la propiedad territorial, y una vez esbozado su origen, la consideraremos en sus relaciones con el derecho internacional, objeto principal de este trabajo.

La historia, transportándonos á épocas remotas cuando la propiedad existía aun en sus formas rudimentarias, diversas legislaciones que conservan huellas de costumbres desaparecidas, y la observación de los usos

seguidos por tribus salvajes, de África, América y Oceanía (perpetua desesperación de los idealistas juristas que sueñan con un origen divino de la propiedad) serán las fuentes adonde iremos a recoger las pruebas de nuestras conclusiones.

Desde luego, la humanidad ha precisado recorrer una gran parte de su ciclo antes que la concepción actual de la propiedad naciera.

Para el hombre primitivo, el suelo, como la luz y el aire, no eran objetos de propiedad, ni se discutía sobre el mejor derecho a ellos, porque colocándolos fuera del comercio su género de vida y la exuberancia de esos elementos, dejaban de ser objeto de la codicia de los hombres.

Sin embargo, el instinto de la posesión existió siempre en el hombre primitivo; estaba en su sangre con otros tantos hábitos heredados de otras especies animales inferiores a él, y de las cuales desciende y en las que se ha comprobado la existencia de ese instinto.

Pero entonces ese instinto sólo se hacía manifiesto en el hombre por la aprehensión de los objetos necesarios a su alimentación y subsistencia.

La tierra, mientras el hombre llevó vida nómada, en tanto que él sólo se alimentaba de la caza ó la pesca, ignorando la agricultura, sin aprovechar el trabajo de las bestias domesticadas, careció de valor, y no fué más un objeto de propiedad, á no ser para rechazar de ella á otras tribus enemigas, como en el desierto las fieras se disputan el espacio que rodea la cueva do se refugian.

Las armas, el producto de la pesca y la caza, las herramientas del trabajo, eran los únicos objetos de propiedad, porque representaban el esfuerzo, el ingenio, la actividad del poseedor.

Aun en muchas tribus, la caza, como fruto de la tierra, debía pertenecer á todos.

Entre los esquimales hallamos un ejemplo palpable de lo que es la propiedad entre pueblos cazadores.

Viven en comunidad las familias en una misma cabaña y bajo la autoridad de un mismo jefe. Las armas, los vestidos y el trineo son los únicos objetos de su propiedad individual; todo lo demás que requiere el esfuerzo común para adquirirlo, pertenece á la familia.

Cuando la agricultura comenzó á ser objeto de la ocupación del hombre, éste cultivaba una porción de tierra, abandonándola no bien su fertilidad disminuía; ni más ni menos como los indios levantaban las tolde-rías para situarlas en otro punto, cuando las miasmas de las inundaciones del suelo lo hacían inhabitable.

Y todavía, en esta primera época de la vida agrícola, el concepto de la propiedad común era tan poderoso, que los productos del suelo reunidos en montón eran distribuidos entre todos según sus necesidades.

Esto mismo se observa hoy en Servia, Croacia y entre los slavs austriacos, ejemplos preciosos para doblegar la soberbia socialista que vive infatuada por sus creaciones comunistas, cuando sólo tiende á hacer retrogradar á la sociedad hacia un pasado ya distante.

Una vez que los pueblos abandonaron su vida nómada y se estacionaron en parajes determinados del globo, les fué menester utilizar la fertilidad del suelo para alimentarse, arrancándole frutos abundantes y haciéndole adquirir un valor del cual hasta entonces había carecido.

En un principio cada tribu ó individuo poseía las porciones de tierra por un tiempo más ó menos largo, hasta que se procedía á nueva distribución.

Pero pronto la tenencia de la tierra fué haciéndose más larga, los plazos para que el individuo devolviese á la comunidad su porción de tierra cultivada fueron prolongándose, hasta que no tardó en llegar el instante en que pasó definitivamente á ser su propiedad privada.

Esto se ve reproducido actualmente en Java, la India, en China y en Rusia, en donde la institución del Mir, admirablemente descrita por Wallace, es espejo viviente de la evolución que la propiedad territorial ha sufrido y la cual presenta una de sus fases primitivas.

Los ejemplos sobran para comprobarnos que la relación entre los individuos y el suelo empezó por fundarse en la propiedad colectiva para hacerse después individual, volviendo hoy á adoptar nuevamente la forma colectiva en las sociedades financieras por acciones, especie de flujo y reflujo á que se ven sometidas nuestras instituciones por efecto de las necesidades del medio ambiente y obediendo á las inflexibles leyes de la naturaleza.

¿Cómo se ha operado ese cambio? ¿Cuáles han sido las causas engendradoras de esa transformación?

Lo primero paulatinamente, evolucionando paso á paso, modificándose á medida que las necesidades del medio lo exigían, empleando, en una palabra, la verdad del célebre naturalista cuando decía que la naturaleza no marchaba á saltos.

En cuanto á lo segundo, un dédalo inmenso de causas, muchas de las cuales son desconocidas, han contribuido á operar ese cambio, sin que se pueda asegurar cuáles han ejercido mayor influencia, como el fisiólogo ignora la verdadera causa de complicadísimos fenómenos vitales, aun cuando conozca muchos de sus principales agentes.

M. de Coulanches cree encontrar el origen de la propiedad individual en la constitución religiosa de los pueblos, y se expresa así:

«La idea de la propiedad privada estaba en la religión misma. La familia que por deber y religión, permanece siempre agrupada alrededor de su altar, se fija en el suelo como en el altar mismo. La idea del domicilio nace naturalmente. La familia está vinculada al hogar, el hogar lo está al suelo: una relación estrecha se establece entre el suelo y la familia».

Todo esto puede haber pasado tal cual se detalla, pero de ahí no debemos admitir haya bastado para convertir la propiedad colectiva en individual, pues aparte de no ver en esas prácticas sino manifestaciones de la ignorancia, engendradora eterna del sentimiento religioso, en la organización del

Mir en Rusia, del cual he hablado, y en la India, las familias tienen su casa y su jardín, suficientes para las necesidades del culto, sin que por eso la propiedad del suelo dejase de ser colectiva.

¿Sería el consentimiento libre? Vana utopía, pues no es dable suponer que todos ni siquiera algunos de los miembros de la sociedad, hayan renunciado sus derechos respectivos voluntariamente.

La ocupación, de la cual trataremos más adelante, es tal vez el sistema más antiguo para explicar el origen de la propiedad. Según esa teoría la propiedad individual nació ocupando las personas en tiempos históricos sólo tierras que en épocas prehistóricas no pertenecían á nadie: *res nullius*.

Pero teorías semejantes pueden nacer en la mente de un filósofo, ó concebir las nuestros hombres actuales; de ningún modo en las inteligencias embrionarias de los hombres primitivos.

Y esto, como dice Le Ron, porque si esa idea hubiese nacido en alguien, pronto la experiencia habría enseñado que la ocupación por sí sola no confería derechos y que ante una sociedad civilizada la palabra *propiedad* era sinónima de aptitud de conservar. Y sabemos que en las antiguas épocas sólo la comunidad estaba organizada como para ser capaz de ejercitar este derecho.

El trabajo, como la ocupación, ha sido un factor importante en esta evolución, tal vez el principal, pero no el único.

El hombre, modificando, transformando las cosas por su esfuerzo propio, llegando hasta crear objetos nuevos por medio de su actividad, inteligencia y contracción, parece que impone de tal manera su personalidad á esos objetos, que los hace parte de su propio ser, cosas de su patrimonio exclusivo.

Esto será cierto, hasta donde sea posible, respecto de las cosas muebles y de las inmuebles, cuando una ocupación pacífica prolongada y laboriosa ha llegado á dotar al suelo de mejoras que le dan un valor que no tenía en su estado primitivo. Así, sin temor, podemos aventurarnos á afirmar que el trabajo es uno de los principales factores del desenvolvimiento de la idea de la propiedad, concebida en su principio como la relación existente entre el esfuerzo realizado y el resultado obtenido.

La ley, no ha creado el derecho motivo de nuestro estudio, como lo sostienen Montesquieu, Benthám y otros juristas, sino solo se ha concretado á grabar en sus códigos las costumbres de los pueblos, á reconocer en una palabra, lo que las necesidades y el tiempo habían impuesto.

Spencer nos revela en la guerra y la conquista otro factor importantísimo y el que más ha contribuido á la evolución de la propiedad comunal en individual, á pesar de no ser del agrado de los que á todas nuestras instituciones querían darles origen celestial divino y pacífico, en vez del humano, natural y verdadero que han tenido.

La sociedad en su estado primitivo vivió bajo un estado de guerra casi perpétuo. La historia prueba plenamente cómo en aquellas épocas la fuerza, la violencia y la conquista constituían los principales elementos

de la propiedad, reemplazando á la razón, á la justicia y al derecho.

Y aun hechos históricos, muchos bastantes próximos, nos indican no ser desgraciadamente práctica olvidada la de arrebatarse zonas estensas de territorio, transformar completamente las fronteras de los pueblos, desconocer descaradamente sus derechos al suelo, amparándose en el broquel de la fuerza, escudándose con el temple de sus sales y justificando luego todas las iniquidades con la victoria que dá derechos.

Así nacieron infinidad de derechos sobre territorios en la antigüedad, y así se justifican muchos otros en épocas contemporáneas.

Porque, cuando los bárbaros desbordándose sobre el imperio romano se apoderaban de todos los bienes de éstos, despedazando con sus armas los derechos que la civilización les había reconocido, inspirándose en un sentimiento de justicia por ellos desconocido, para reconocer en los vencidos sus derechos á la propiedad del suelo, estos, como los otros despojos, eran del vencedor.

Más tarde los piratas daneses y normandos, descendiendo del Norte de Europa, y arrojándose sobre las poblaciones del mediodía, á las cuales pasaban á cuchillo, venden á los hombres como esclavos, violan las mujeres, incendian los templos, roban de éstos los vasos sagrados, haciendo escarnio de todo, despedazándolo todo, sin más conciencia que la que puede reconstruirse á una jauría de cimarrones adueñada de un rebaño de ovejas. Sería sorprendente, ilógico ó milagroso suponerlos respetuosos, y que, deteniéndose ante el derecho territorial de los vencidos, reconocieran la validez de los títulos de sus víctimas.

Estos no se mostraron menos respetuosos con los derechos del vencido que los aventureros ingleses, portugueses y españoles, cuando se arrojaron cual bandada de buitres famélicos sobre las regiones inexploradas de América, arrebatando á sus pobladores, muchos de los cuales eran menos salvajes que los invasores, sus tierras cultivadas, privándolos de su libertad y arrojándolos de sus chozas.

Los hechos nos obligan á reconocer en la guerra una fuente de la propiedad individual, la cual, por ilegítimo que haya sido su origen, hoy no debe ser menos sagrada, después de una posesión prolongadísima, luego que el trabajo asiduo é inteligente le ha dado un valor muy superior al primitivo, cuando transmisiones distintas la han hecho ir á parar de buena fe á otras manos, y la ley, por último, la ha cubierto con el manto de la legalidad. Después que todos estos cambios se han operado, quien pretendiera desconocer á los descendientes de los primeros usurpadores el derecho adquirido á la propiedad del suelo realizaría un acto de piratería tan grande como grande fué el de los otros.

Por todo lo expuesto bien puede verse que la idea de la propiedad territorial, á primera vista muy estable, está como todas las cosas en perpetuo movimiento, en constante transformación.

La propiedad territorial ha sido desdeñada en un principio, siendo de todos, por no pertenecer á nadie, viniendo más tarde á depender de la tribu con exclusión de las otras enemigas, para convertirse luego en propiedad de una familia, primero temporal y después definitivamente, hasta que el tiempo, las necesidades del medio y las múltiples causas expuestas la han hecho individual, tal cual hoy la conocemos.

Por radical y completo que haya sido el cambio operado en el concepto de la propiedad territorial, no ha sido bastante para borrar todas las huellas de la tradición. No ha desaparecido la propiedad colectiva sin dejar en nuestros códigos recuerdos de su paso, en nuestras costumbres preocupaciones de ese pasado que influye siempre sobre nosotros sin percibirnos de él, lo mismo que la atmósfera gravita sobre nuestras cabezas sin que sintamos su peso enorme.

El conquistador, haciéndose dueño de las personas y bienes de los países sometidos, entregaba á sus súbditos ó servidores las tierras conquistadas, pero reservándose sobre ellas un derecho de dominio ó bajo la condición de prestar ciertos servicios militares ó civiles que le imprimía á la propiedad carácter condicional. Transmitiendo ese soberano á sus descendientes el poder con todas sus prerrogativas, iba entre éstas la que le confería un derecho sobre los bienes pertenecientes á los particulares y que estos recibieran con aquella restricción.

Si á esto unimos la organización militar que entonces tenía la sociedad, comprenderemos fácilmente la necesidad, en el monarca, de un derecho que le permitiera disponer de la propiedad particular, siempre que las exigencias del estado así lo reclamaban.

De ahí la facultad del poder público para disponer de los bienes particulares, siempre que lo exijía la necesidad ó evidente utilidad pública.

Esta prerrogativa se halla comprendida con otras en lo que el derecho internacional llama dominio eminente, del latín *dominium eminens*.

No debe confundirse con el derecho universal sobre todos los bienes y personas del territorio que los autores reconocían á los monarcas de la antigüedad. El sólo consiste en el «derecho que tiene el poder público en reglar la disposición de los bienes por leyes civiles, gravar á estos bienes con impuestos proporcionados á las necesidades del Estado y hasta disponer de esos mismos bienes cuando lo requiera la utilidad pública indemnizando equitativamente á sus propietarios.»

El dominio eminente con facultades amplísimas era un privilegio personal de los monarcas cuando estos gobernaban á sus pueblos como rebaños, cuando los ciudadanos eran denominados siervos y su autoridad pasaba como de origen divino, que no por eso debería ser más respetada; pero vino á formar parte de la soberanía nacional cuando los cetros reales, cediendo á la evolución, reconocían la fuente de la autoridad en la nación de la cual ellos eran sólo mandatarios con poderes limitados.

El dominio eminente es la razón de ser

de un estado independiente. Sin él la ley carecería de su fuerza, el orden no podría ser garantido, la propiedad y la vida de los ciudadanos sin una autoridad fuerte, se espondrían siempre á ser víctimas de atentados infucos; en una palabra, es aquel derecho la personificación del poder soberano.

Lo mismo se hace sentir sobre nacionales y extranjeros como en los bienes de unos y otros.

El pesa sin límites tanto sobre las personas como sobre los bienes dentro de las fronteras del país.

No es nada si no es todo, según la frase energética pero cierta de un tratadista francés.

Para las naciones extranjeras el territorio de un país por innumerable que sean sus porciones, por crecido que fuera el número de sus propietarios, debe ser considerado como una unidad, como un solo cuerpo dependiendo de su poder público.

Por lo tanto todas y cada una de las partes del territorio, deben depender de la autoridad de sus poderes públicos, sin que ninguna de sus porciones sea sustraída á su imperio, así como toda persona residiendo en el país deberá estar bajo su vigilancia y acatar su autoridad.

Este es principio universal en derecho de gentes. Es como la esencia de la soberanía, su atributo más precioso.

Luego, como consecuencia del reconocimiento del dominio eminente á todo estado, el derecho internacional deja librada á las leyes internas de cada pueblo la reglamentación de la propiedad, debiendo ellas establecer las limitaciones que consideren útiles á sus intereses, sin que otra autoridad pueda interponerse á pretexto de amparar intereses de sus connacionales, porque siendo el conjunto de las porciones de tierra de los particulares lo que forma el territorio del estado, sólo por leyes emanadas de sus autoridades es que deben ser regidos esos bienes.

En una palabra, se deduce de la verdadera interpretación del dominio eminente, como lo hace notar Potalis, que la propiedad pertenece al ciudadano y al soberano el imperio.

Sin embargo, esta concepción tan clara y sencilla que se presenta hoy á todos los espíritus, fué durante muchos siglos obscurida por las falsas ideas de los publicistas y por las desmedidas ambiciones de los déspotas.

Para estos la calidad de soberano confería la de propietario. Según ellos la una implicaba la otra.

Para destruir este concepto falso y erróneo, alimentado en la corrupción y decadencia de la Edad Media, conservado cuidadosamente como reliquia sagrada durante el período de las monarquías absolutas que sucedió á aquél, fué necesario el torbellino de la Revolución Francesa, santa epopeya, del progreso moderno; oleada liberal de sublime belleza que precipitó al abismo, con el fanatismo religioso, instituciones añejas amantadas en el seno fangoso de los claustros; era grandiosa de la humana historia; aurora brillante de la libertad y la jus-

ticia, cuyo recuerdo será inmortal como su gloria.

ARTURO RAMOS SUAREZ.

(Concluirá).

MEDIOS DE PREVENIR LA GUERRA

(Conferencia leída en el aula de Derecho Internacional Público de la Universidad de la República.)

Desde tiempos muy remotos, desde los albores de la civilización, así como habíamos gentes que con miras diversas trataban de hacer la guerra, había otras que trataban de prevenirla. No nos ocuparemos de ésta en particular, ni de sus causas, ni de sus efectos, porque el punto nos alejaría del tema de esta conferencia: sólo hablaremos de la guerra en lo relativo a los medios de prevenirla y a los ensayos que en todas épocas se han hecho con más ó menos éxito en ese sentido.

El arbitraje, el cual nos ocuparemos con detención más adelante, en el curso de este trabajo, es uno de los puntos que merece estudiarse con preferencia.

Es tan antiguo como la guerra, y extendido desde los particulares hasta el Estado, siempre ha tenido su lugar preferente en las relaciones internacionales; en las naciones, como en los individuos, ha tenido un objeto marcado: es el acto por el cual dos Estados, animados por el deseo de solucionar pacíficamente sus controversias, someten a un árbitro, designado en común, la solución de sus diferencias, con el compromiso de someterse a su laudo.

Esta idea de solución amistosa la vemos en germen en los escritos de los filósofos y moralistas antiguos. Los griegos le hacen un lugar en las costumbres de las ciudades helénicas, y los romanos a la vez tenían sus *foedera* y sus *recuperatores*. En la Edad Media y en los tiempos modernos, la noción del arbitraje se ha desviado a veces, ya a realidades dominadoras, ya hacia las utopías de la paz perpetua; tanto sirve de pretexto a ambiciosos, como alimenta cerebros de soñadores que quieren una sociedad hecha de nuevo para tener una sociedad perfecta. Al extremo de esa idea mal comprendida ó exagerada aparece la dictadura disimulada bajo el derecho, la opresión del débil por el fuerte, la paz en el silencio, es decir, la tiranía. Mas no por eso, no por los peligros a los cuales pueda estar sujeto todo sistema de reforma, debemos dejarlo a un lado. Como ha dicho Spencer, en todas las cosas falsas hay siempre un fondo de verdad, como un fondo de bondad en todas las cosas malas. Estudiemos el asunto, y veamos si esa idea grandiosa de hacer cesar la guerra, de paz universal, puede llevarse a la práctica, y si no, cuáles son las causas que lo impiden ahora ó que lo impedirán siempre.

Dividiremos nuestro trabajo en tres partes: en la primera nos ocuparemos en los diversos proyectos sobre paz perpetua, estudiándolos con la detención que pueda per-

mitirnos un pequeño ensayo de este género; en la segunda pasaremos una revista á los Congresos de Paz iniciados tanto en Europa como en América con tan laudable propósito, y terminaremos con un estudio sobre el arbitraje, al cual proponemos dedicar nuestra preferente atención.

PAZ PERPETUA

Varios son los filósofos, publicistas y hombres de Estado que han tratado, por todos los medios á su alcance, de llevar á la práctica la idea de la paz perpetua.

Enrique IV, el gran monarca francés, cuyo reinado fué importante bajo todos conceptos, merece citarse en primer término.

El edicto de Nantes es un edicto de tolerancia entre las facciones; decreta la tolerancia religiosa, al decir de Voltaire la única paz perpetua que puede ser establecida entre los hombres. El gran rey persigue con todas sus fuerzas á la casa de Austria, á fin de quebrantar su poderío, para no tener rival en Europa; política de equilibrio de la cual Richelieu y Mazarino fueron los continuadores más tarde. En los últimos años de su reinado Enrique IV trata de la obra de la paz perpetua que la historia conoce con el nombre de «Economías Reales» de Sully, discutiéndose la parte que ese Ministro y su rey tomaron en la preparación del proyecto.

La idea de una gran república cristiana está en estado latente durante las cruzadas, y en el siglo XI reaparece en un tratado de Pedro Dabois sobre los medios de recobrar la Tierra Santa. De ahí la toma Sully, suprimándole ciertas fantasías hijas de la imaginación de aquel legista, y la analiza con el criterio práctico y sensato de su época. Antes de examinarla, Enrique IV ya había tentado equilibrar los elementos. En 1601, 1603 y 1607 había negociado con sus aliados una verdadera coalición contra la casa de Austria.

Empezaron los trabajos, que al decir de Sully habían de dar por resultado el establecimiento de esa grande y magnífica república muy cristiana, siempre pacífica en sí misma, compuesta de todos los Estados y dominaciones de Europa, que hacen la profesión del nombre de Cristo. Mucho trabajó en pulir su obra. Al fin, completamente terminado el plan, le daba el siguiente resultado: la Europa refundida se dividiría en quince Estados ó dominaciones de igual poder y cuidadosamente delineados sus límites. Habría seis soberanías hereditarias: Francia, España, Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Lombardía, con Saboya y el Milanesado; seis electivas: los Estados del Papa aumentados con Nápoles el Señorío de Venecia, el Imperio de Alemania, Polonia, Hungría y Bohemia; y tres Repúblicas: la Helvética, la Belga y la Itálica. El Gobierno Interior de esa gran República era organizado de esta manera: sesenta diputados reunidos cada tres años y nombrados por cada uno de los Estados á razón de cuatro por cada Estado, y tendría su asiento en una de las ciudades del centro de Europa; seis Consejos locales estatuirían sobre los negocios de menor importancia. El Consejo

General tendría atribuciones legislativas, conocería en todas las proposiciones y designios de la República Cristiana y entendería en los asuntos entre los soberanos y sus súditos, á fin de prevenir por este medio las guerras civiles, y al mismo tiempo garantizaría el libre ejercicio de las tres clases de religión, hasta darles una forma de establecimiento, evitando de esta manera los disturbios de las disidencias religiosas.

Sólo dos naciones estaban excluidas de esa confederación: la Moscovia y la Turquía, cuyos habitantes tenían un año para optar entre transportarse con sus bienes á un país, á su elección, ó abrazar la religión del país en que habitasen.

Esta dominación contribuiría á formar un tesoro común y al reclutamiento de una fuerza militar de mar y tierra.

¿Cuál era el objeto de Enrique IV al pretender llevar á efecto ese proyecto? ¿Sería un deseo altruista, un plan generoso, con el fin de tentar la desaparición de las guerras, ó bien se prepararía á ceñirse la corona imperial una vez que la fuerza le diera el suficiente apoyo á su idea puesta en práctica?—El puñal de Francisco Ravallac impidió al gran rey continuar su obra y libró quizá á Europa entera del inminente peligro en que se hallaba.

Después de Sully, el teólogo Suárez, Grocio, Pufendorf y Leibnitz aconsejaban á sus soberanos hacer juzgar las diferencias de sus Estados por un tribunal establecido. La hegemonía, la supremacía de la Europa pacífica que el celebre Ministro francés quería para su país, el filósofo alemán también la deseaba para el suyo.

Al lado de estos apóstoles de la paz se hallan también apologistas de la guerra. El más importante, Hobbes, la cree eterna. La familia humana para él es una raza de lobos pronta á devorarse, la naturaleza los empuja al combate, á los malos á atacar, á los buenos á defenderse. La guerra es el estado regular de las sociedades, dice. La igualdad de los combatientes determina la igualdad de la lucha, es decir, su eternidad. El único remedio consiste en consagrar para unos el derecho de conquista, para otros la obligación de la servidumbre. El pueblo, sin voluntad, sin derechos, es sometido á un príncipe investido de todos los poderes.

Este sistema es violento y brutal, consagra el ideal del despotismo y de la autocracia, pero la historia cada día le da un desmentido; á su teoría absurda. El estado natural de aislamiento no es el fin del hombre, sino que ha pasado por él como por una de las etapas de su evolución. Las instituciones, la enseñanza, la sociabilidad, en una palabra, la civilización, alejan cada día más de los hombres las ideas de apartamientos, de odios, de deseos de lucha é inculcan ideas de amistad, de relaciones en todo sentido y de reciprocidad de sentimientos. Las permutas internacionales de las producciones, el cambio incesante de los diversos productos de cada nación con las demás, acentúan cada día más la corriente de las buenas relaciones entre los individuos y entre los Estados, comprobando la falsedad de la teoría de Hobbes. Si la guerra ha sido, como yo lo creo, un elemento necesario á la evolu-

ción social, ya esa época ha pasado hace muchos siglos, y ahora hay otros medios, más pacíficos y más seguros, de ayudar a la civilización en su marcha victoriosa.

Fenelón en su *Telémaco* hace también la apología de la paz, y con la ayuda de ficciones ingeniosas, aconseja: el no hacer la guerra por un poco de gloria, porque, dice, merecería quien la hiciera perder lo que posee por haber querido usurpar aquello que no le pertenece.

EMILIO A. BERRO.

(Continuará.)

Apuntes de Derecho Constitucional

LIBERTAD PERSONAL

(Conclusión)

X

SUMARIO.—LA LIBERTAD EN SUS RELACIONES CON LAS EXIGENCIAS DE LA DEFENSA SOCIAL.—EL SERVICIO MILITAR—LOS EJÉRCITOS DE LÍNEA—ILEGITIMIDAD DE ESTA INSTITUCIÓN UNIVERSALMENTE ESTABLECIDA—GRAVÍSIMOS E INEVITABLES PELIGROS QUE ENCIERRA—EJEMPLOS INNUMERABLES—LA GUARDIA NACIONAL—BASES FUNDAMENTALES DE SU ORGANIZACIÓN—ES EL ÚNICO SISTEMA LEGÍTIMO Y CONVENIENTE DE DEFENSA SOCIAL.

Pasemos a estudiar ahora el último punto que nos resta: las limitaciones que la libertad personal recibe en atención a las exigencias de la defensa social.

El Estado, en salvaguardia de los intereses más caros de la sociedad, necesita una fuerza que garantice los derechos de ésta contra quienquiera que los ataque.

En esto todos están de acuerdo. La existencia de una fuerza es reclamada unánimemente con el objeto de hacer respetar el derecho. Pero en lo que surgen dudas y dificultades al tratar de esta cuestión, en lo que no están contestes los tratadistas y cuantos en este punto se han ocupado, es en la organización que se ha de dar a esa fuerza; y existen, como es sabido, dos sistemas radicalmente opuestos, que pretenden: el uno, que es legítima y necesaria la existencia de los ejércitos de línea; el otro, que la única institución que puede llenar debidamente el objeto de la defensa nacional es la milicia ciudadana ó guardia cívica organizada sabiamente.

El ejército de línea toma nacimiento a mediados del siglo XV, época en que los monarcas europeos, comprendiendo el inmenso partido que podrían sacar de una institución militar más ó menos análoga a la que hoy existe, con el objeto de anular el poderío de los señores feudales, en cuyas manos estaba la soberanía, reclamaron para sí, en su sed de dominar, todo el poder para manejar á los pueblos á su antojo, y crearon, con los ejércitos permanentes, como la historia nos lo testifica, el punto de apoyo de todas las tiranías y una constante amenaza contra el orden y las libertades públicas.

El ejército permanente es una institución

inconciliable con el régimen representativo-democrático de gobierno é injustificable y odiosa en todo país que practique ó intente practicar las instituciones libres.

Tenemos razones de distinto orden para rechazar semejante institución, sobre todo entre nosotros, donde, aparte de las consideraciones generales que haremos sobre ella, no tiene razón de ser, dado nuestro carácter eminentemente liberal y democrático.

El solo hecho de que las naciones modelos en instituciones libres cuenten con ejércitos pequeños, como Estados Unidos é Inglaterra, ó carezcan de ellos, como Suiza, y que tal institución exista en grande escala en todas partes donde no hay propiamente libertad, debe llamarnos la atención é inclinarnos á creer que dicha práctica es incompatible con la semecracia.

Sosteniendo esta misma tesis, se ha dicho elocuentemente hace algunos años, que «la organización de esos elementos militares acusa en una sociedad un estado propiamente anormal y enfermizo. Y frecuentemente en nuestras repúblicas, como se ha observado más de una vez, se ha fraguado ó exagerado el peligro como pretexto para conservar un ejército cuyo objeto verdadero era apuntalar una situación política que no hallaba apoyo suficiente en la voluntad nacional. Así, se ha visto muchas veces que, siempre que ha surgido en los estados americanos un gobierno ó un partido que no ha contado á su favor la opinión de la mayoría del pueblo, ha demandado á la fuerza de línea el apoyo que le faltaba. Así á pretexto de sostener el orden, hemos visto las bayonetas sirviendo de escudo y de guardia pretoriana á los gobiernos más divorciados con el sentimiento popular. Á pretexto de mantener el orden, hemos visto á la fuerza de línea interviniendo en las funciones electorales de los pueblos y viaciendo en su base el acto cardinal de la vida democrática. Á pretexto de mantener el orden, se ha visto á los batallones de línea ejerciendo presión sobre los gobernantes y sobre las asambleas. Y, por último, hace visto á esos mismos batallones, destinados según se ha dicho á sofocar las revueltas, convertirse ellos mismos en elementos de perturbación y dirigir contra el pueblo las armas confiadas á su lealtad para hacer efectivas las garantías sociales». (1)

En nombre de la escuela evolucionista se ha pretendido sostener la legitimidad del ejército de línea en la República. En nombre del mismo principio sostenemos su falsedad, no ya en nuestro país, sino en todas las naciones democráticas. Pueblos organizados artificialmente requerirán, como una urgente necesidad de su existencia, gobiernos artificiales; pero organismos sociales cuya soberanía reside en el pueblo, en que no se ejerce poder alguno sino por delegación, deben tener órganos adecuados de poder que emanen del mismo pueblo: de otra suerte, en lugar de partes homólogas y concordantes, estos órganos constituirían remiendos mal zurcidos. Por esto, á na-

die se le ha ocurrido decir que los ejércitos permanentes no sean un elemento indispensable en las monarquías: en éstas, donde el gobierno es una institución que existe por sí misma, se impone la necesidad de una fuerza permanente que sirva de apoyo á los príncipes. Mas, ni debe ser tal el punto de mira de los amantes de la libertad en una nación organizada democráticamente, ni son ejemplos dignos de imitarse los que se desprenden de sus enseñanzas. Es irrisorio que los pueblos americanos, dominados por un espíritu de imitación retrógrado y pueril, sostengan, pues, fuerzas permanentes de línea. Instituciones semejantes, no sólo constituyen un órgano inadecuado en las naciones democráticas porque sus hábitos y fines desdichan de los fines y hábitos que deben perseguir y practicar los amantes de la libertad, sino que sería ridículo defenderlas con las razones invocadas por las naciones europeas, desde que no hemos tenido que combatir el feudalismo, ni abrigamos temores de perder nuestra autonomía, ni estamos bajo la férula de reyes, ni tenemos que defender nuestros límites fronterizos amenazados, ni tampoco el equilibrio internacional sud-americano descansa sólo en la fuerza de las bayonetas. Y, en cambio, con la creación de los ejércitos de línea hemos abdicado nuestra soberanía, que ha venido así á convertirse en una palabra vana, cuando no en triste y fúnebre símbolo de sangrientas discordias civiles.

Este espíritu de imitación es un fenómeno curioso en los pueblos de América. Los americanos nos apasionamos de lo de Europa de tal modo, que hemos experimentado por los años 1870 y 80 el furor romántico del año 30, sin más clasicismo que en sueños. Actualmente tenemos decadentismo y socialismo, y cuidado que esto tiene gracia. Todo está muy bueno; pero de este modo—confesémoslo—la humanidad no trabaja por la desaparición del heredado rabo.

Por otra parte, la institución del juicio político, por la que se hace efectiva la responsabilidad de los altos funcionarios, derecho concedido por el inciso 2.º del art.º 26 de la Constitución de la República, es una eficaz garantía cuando tales juicios pueden llevarse y se llevan á cabo en la práctica. Pero nuestra historia política nos ha demostrado, con la alta elocuencia de los hechos, que semejante garantía es ilusoria en nuestro país, precisamente, y como causa principalísima, por la existencia del ejército de línea.

Nuestra Constitución delega esa facultad en el Cuerpo Legislativo de la nación, y jamás se ha dado el ejemplo, en la vida institucional de nuestro pueblo, de iniciarse un juicio político por la Cámara de Representantes contra un Presidente de la República.

Pero hay más.

Los ejércitos de línea se han caracterizado siempre por su odio á la clase civil, cuyos hábitos y prácticas son tan opuestos á los que informan su existencia. «Un cuerpo semejante vive de un espíritu y de hábitos abiertamente opuestos á los de la sociedad civil, cifra su habilidad en intimidar y dominar á sus conciudadanos y no en captar-se su benevolencia, en obedecer ciegame-

(1) Discurso del señor don Agustín de Vedia, pronunciado en la Cámara de Representantes en la sesión del 11 de noviembre de 1874.

te á sus jefes y no en mantener su dignidad personal, en representar y aplicar siempre la fuerza y no en respetar el derecho ajeno. El militar no sabe más que mandar ú obedece, no tiene idea del derecho, y por consiguiente desconoce la libertad; y su altivez en el mando, como su servilidad en la obediencia, le hacen incapaz de comprender y de respetar las cualidades del hombre libre y la dignidad del ciudadano». (1)

Es un hecho de observación en todos los pueblos sujetos al régimen del ejército de línea, que el peligro mayor no consiste en el abuso que pueden hacer de su poder el jefe del ejecutivo á cuyas órdenes se halla, ó los altivos mandones que á su capricho lo manejan. Frecuentemente, en efecto, la falta de disciplina hace que los jefes de batallón se arroguen el título de soberanos, afrentando á la sociedad que los admite en su seno y dando lugar á esos vergonzosos motines de cuartel, á esas luchas de caserna de que hemos sido testigos todos los pueblos sud-americanos.

Dicen que los militares son *el elemento de acción*. No nos parece esto inexacto; pero quién se atreverá á negar que son más bien *los accionistas de la patria*?

El argumento económico, en contra del ejército, efectivamente, no admite réplica. Constituye por sí solo inconveniente tan insubstancial y poderoso, que todas las declamaciones de los partidarios del ejército no bastarán á llevar al ánimo el convencimiento de que no es una verdadera calamidad nacional.

No idealizamos. Pase el lector curioso la vista por nuestro presupuesto de gastos, y se convencerá por sí mismo de que los señores que forman la clase militar en nuestro país son el hijo primogénito de las leyes antiguas, y los que constituyen la civil los hijos segundones. Los primeros parecen los dioses penates, siempre encerrados y respetados con veneración suma; los segundos el dios Término, solo y señor en campo abierto, sujeto á las injurias del tiempo y expuesto al desprecio de los hombres y de los brutos.

Arrebatada al propio tiempo esta institución á la agricultura y á la industria multitud de brazos que no reportan nada en cambio á la sociedad, á no ser los ingentes gastos que, como acabamos de decirlo, ésta tiene que costear para sostenimiento.

Donde quiera que existe este pésimo sistema de organización de la fuerza pública, en todos los países en que, como dice Lastarria, se mantienen en pie de guerra numerosos ejércitos para fomentar el cultivo del arte de matar, se ha notado que la necesidad de la vida de cuartel, así como la exigua y miserable retribución del soldado, retribución aniquilada por las continuas contribuciones, imposibilitan á éste para contraer matrimonio; y si tenemos en cuenta que casi toda la pobre gente de los batallones se recluta en la campaña, y que son las células mejor constituidas del organismo social, agregaremos á las consideraciones antedichas la siguiente: que privando del matrimonio y del trabajo semejante

institución á los miembros más robustos y lozanos de la sociedad, privase á ésta de un elemento necesario á su progreso industrial y económico, y se deja adicionalmente encargados de las funciones del matrimonio á aquellos seres débiles y enfermizos que de otra suerte la selección natural eliminaría.

Veremos luego las consecuencias deploables que esto aparea.

Llegamos, pues, á esta conclusión: no olvidando que la organización de una fuerza es un corolario del fin con que se instituye el gobierno—establecer el imperio de la justicia—sostenemos que la única institución de los países que no tienen gobiernos artificiales, compatible con las libertades populares, y que al mismo tiempo no esclaviza á sus miembros, ni rebaja su condición de seres libres, ni mancha su dignidad, es la milicia ó guardia cívica, que, al decir de Vacherot, es el único sistema conforme á la igualdad como el único favorable á la libertad.

La milicia nacional organizada democráticamente, como la deseamos ver establecida en nuestro país, muy distinta por cierto de la guardia nacional que en repetidos períodos de nuestra historia política ha organizado el gobierno, es, á semejanza de la que existe en Suiza y Estados Unidos, donde todos los ciudadanos hábiles para ser armados (que no hay para qué decir cuentan con el derecho de tener y llevar armas) prestan sus servicios al país, y concurren durante breves días á cumplir con sus deberes, y al cabo de ellos son reemplazados en sus funciones.

Las constituciones de los pueblos libres garantizan con amplitud el derecho de tener y llevar armas. La de los Estados Unidos lo consagra positivamente en el artículo 2.º de las Enmiendas. Dice: «Siendo necesaria una milicia bien arreglada para la seguridad de un Estado libre, no podrá coartarse al pueblo el derecho de tener y llevar armas. Aunque no explícitamente, el derecho existe no menos incontestable en el pueblo británico.

Por ley de 14 de julio de 1858 se estableció que todo ciudadano en el país, de 17 hasta 47 años, era guardia nacional y que estaba obligado á ejercicios doctrinales los domingos y días festivos de febrero, marzo y abril, excepto las personas que formaban los escuadrones de caballería, los ejercicios de los cuales durarían cada año quince días consecutivos. Estas disposiciones no se han llevado á la práctica en las épocas de paz. (1)

No se cumple lo que manda esta ley, y no se respeta tampoco lo que sobre el modo de reclutar los batallones disponen las leyes de marzo de 1853 y julio de 1874, según las cuales el servicio en el ejército de línea no es obligatorio ni puede imponerse como pena correccional. El odioso sistema de las *levas* ha prevalecido sobre la letra de la ley, y las autoridades policiales, convertidas en cazadoras de hombres, han perseguido siempre por este medio á los ciudadanos indefensos, despoblando y aterrizando la campaña, como si nada, civilización, educación, progreso, bastase á conte-

ner el desborde avasallador de esa perpetua tiranía.

Vamos á refutar un argumento que de ordinario se formula á favor del ejército permanente, verdadera espada de Damocles que pesa sobre las instituciones republicanas, y en contra del establecimiento de la guardia cívica, ese paladín de las libertades populares.

Todos los males que resultan hoy del ejército permanente, se dice, proceden, no de la misma institución, necesaria para la conservación del orden social, sino de su defectuoso funcionamiento. Reformémose en buen hora la institución militar; evitense sus abusos; corrijanse sus imperfecciones, que, sin duda alguna, son muchas y graves; pero no se culpe á ella de lo que es efecto del abuso que de ella se hace, ó de su mala organización.

Conceptuamos falsas estas ideas, y quiméricas las pretensiones de los que intentan reformar el ejército de línea, que, según el Código Militar de la nación, «está obligado á sostener la Constitución y las leyes, la integridad territorial, el honor, la independencia, la soberanía de la República y el orden público»!

De cualquier manera que se organice, lo cierto es que mientras la sociedad no tenga en sus manos una fuerza para contrarrestar la acción del poder público, hasta tanto no se prescriba por la Constitución el derecho de tener y llevar armas, derecho que miran con tanto desdén los ciudadanos de los pueblos sud-americanos, creemos que el ejército producirá constantemente los mismos males y será siempre el elemento más peligroso para el orden y la libertad.

No es necesaria dicha institución para la conservación del orden, ni mucho menos: el remedio lo proporcionará solamente la guardia cívica el día feliz en que pueda constituirse. El mal que resulta del ejército permanente, ha dicho Florentino González, «no puede curarse sino armándose todo el pueblo y arreglando una milicia en que sea obligatorio alistarse á los ciudadanos válidos, todos los cuales tengan siempre sus armas en su poder. El día que eso suceda no habrá más pronunciamientos de soldados, porque el pueblo estará armado para contenerlos, ni habrá ambiciosos que intenten usurpar el poder apoyados en algunos batallones de fuerza permanente, porque el pueblo tendrá medios de hacer resistencia eficaz á su usurpación. El pueblo que no esté armado podrá denominarse soberano; pero lo será sólo nominalmente, no en realidad.» (1)

Estamos plenamente convencidos de que los ejércitos de línea son uno de los mayores males que aquejan á estos pueblos de América. Se dice que sirven para defender las instituciones; se dice también que son los sostenedores del orden y de la paz pública; se agrega que su desaparición traería aparejados males insuperables. De estas tres afirmaciones, las dos primeras quedan refutadas en el curso de este trabajo, y la última requiere una explicación.

Cuanto sostenemos que los ejércitos permanentes son una amenaza constante

(1) J. V. Lastarria, *Lecciones de política positiva*, pág. 225.

(1) Véase la *Colectión legislativa de la República Oriental del Uruguay*, tomo II, pág. 204.

(1) Obra citada.

para las libertades públicas, no creemos que su desaparición de los pueblos en que existen deba verificarse en un momento y de un solo golpe. Se confunde aquí la cuestión de derecho constitucional con una cuestión de política. El primero rechaza dicha institución como falsa dentro del régimen representativo-democrático de gobierno; la segunda puede aconsejar su conservación—jamás su creación—en una República, en determinado momento de su vida institucional.

La moral y el derecho constitucional condenan y como que se dan la mano para combatir la institución de los ejércitos permanentes: la moral, porque la vida de cuartel relaja en el soldado los vínculos del matrimonio, ó le impide contraer éste, obligándole a vivir en el libertinaje ó en el concubinato; y el derecho constitucional, porque los hábitos de dependencia y de obediencia pasiva, que son el eje alrededor del cual giran los ejércitos de línea, forman soldados hábiles, pero no ciudadanos amantes de su libertad y defensores conscientes de sus derechos. Para amar la libertad es menester ser libre. La milicia nacional, dando soldados al derecho y al Estado, nos los proporcionaría menos disciplinados, sin duda, pero más valientes,—digo más valientes, si entendemos por valor, no el que consiste en el estudio perfeccionado del arte de matar, sino aquel que tiene por leal arma la ley y por baluarte indestructible la dignidad ciudadana.

No vemos, pues, la necesidad de dicha institución para la conservación del orden social, como con frecuencia lo afirman sus panegiristas; y creemos que los peligros de un ataque extranjero podemos, llegado el caso, conjurarlos nosotros, si aun somos dignos del nombre de orientales que llevamos. «El derecho y el deber de defender una nación, ha dicho una eminente escritora de nuestros días, no puede depender del corte y del color del traje:» (1) En cuanto á nosotros, abrigamos la íntima convicción de que cuando peligran las instituciones ó la independencia de la patria, cada oriental sabrá defender sus derechos sin necesidad de un reglamento que se lo diga ni de un sable que se lo mande!

«No bastan los ejércitos para defender una nación; mientras que una nación defendida por el pueblo es invencible». (*Napoleón I*).

Mal guardado está el honor, de una persona como de un pueblo, cuando no son sus baluartes la libertad en los procederes y el cumplimiento del deber.

Las mejores fortalezas, las que han desesperado á los sitiadores, lo hemos dicho en alguna otra ocasión, no han sido murallas inexpugnables, ni fosos, ni ejércitos numerosos, disciplinados y simétricos. Las mayores garantías han residido siempre en el corazón de los buenos hijos de la patria!

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

SUETOS

La Redacción de la REVISTA NACIONAL agradece al ilustrado diario *El Tiempo* de Buenos Aires la reproducción hecha últimamente de los trabajos *De dos poetas*, por José Enrique Rodó, y *Cave ne cadas*, por Carlos Martínez Vigil.

La Dirección del diario salteño *Ecos del Progreso* nos ha remitido un folleto de 173 págs. en 4.º que lleva el título de «Viñedos del Departamento del Salto» y contiene una interesante colección de descripciones de las granjas dedicadas en dicho departamento á la viticultura.

Agradecemos el envío del importante opúsculo.

Hemos recibido la visita del nuevo periódico que con el título de *El Imparcial* ha salido á luz en el Sauce (Departamento de Canelones).

Retribuimos su atencioso saludo y deseámosle prosperidad.

Con una atenta dedicatoria hemos recibido del distinguido poeta argentino Francisco Soto y Calvo, residente en París, un ejemplar de su interesante libro de viajes «Croquis de Italia».

Quedamos gratos al obsequio y prometemos consagrarle nuestra atención.

Orosman Moratorio ocúpase en escribir una revista teatral, de fídele criolla, que será dada á las tablas próximamente, encargándose de su desempeño la compañía que actúa en el Pabellón Nacional.

Por primera vez ha visitado nuestra mesa de redacción la revista literaria ilustrada que con el título de *América* se publica en la vecina capital y que merece recomendarse como una de las más importantes y selectas publicaciones de su género, entre las que ven la luz en el Río de la Plata.

La artística perfección de los grabados está en ella á la par de la amenidad é interés de la lectura.

Hemos recibido el Programa tarifas, y reglamento del Colegio Nacional de la Liga Patriótica de Enseñanza, regentado por nuestro distinguido colaborador señor Orestes Araújo.

Al agradecer el obsequio, declaramos haber llamado nuestra atención lo completo de los programas de este bien reputado establecimiento educativo.

Acusamos recibo del opúsculo intitulado *Apuntes para la geografía del Departamento de Rocha*, por don B. Sierra y Sierra.

El libro trae un bien escrito prólogo del Dr. José Espalter.

Agradecemos el galante envío.

Con una nueva obra de Enrique Gómez Carrillo, *La suprema voluptuosidad*, se ha fundado en París una biblioteca de autores americanos y españoles bajo el título de «Antología del Modernismo Literario». Cada folleto de los que compondrán esa antología contendrá una novela corta ó un poema de uno de los artistas jóvenes que más llaman hoy la atención en España y América, y llevará un retrato literario del autor y una bibliografía de sus obras. Las cubiertas serán ilustradas por un gran dibujante francés.

Entre los autores que figurarán en la colección vemos los nombres de Salvador Rueda y Emilio Bobadilla, entre los españoles, y Rubén Darío, M. Gutiérrez Nájera, Leopoldo Díaz, Salvador Díaz Mirón, Carlos Reyles y Víctor Pérez Petit, entre los americanos.

Gómez Carrillo ha tenido la deferencia de enviar un ejemplar de la obra con que se inicia la colección á cada uno de los redactores de la REVISTA NACIONAL.

Juan Torrendell, cuya comedia *Currita* se estrenará muy en breve en España, tiene actualmente en preparación otra obra dramática, según carta dirigida á uno de sus amigos de Montevideo.

Hemos recibido el número 32 de la importante «Revista de Instrucción Pública» de Caracas.

Esta publicación, que es indudablemente una de las más serias y bien nutridas revistas pedagógicas que ven la luz en idioma castellano, reproduce del diario *El Tiempo* de la capital venezolana un artículo sobre «Jardines de Infantes», en el que se hace favorable mención de la institución de ese género fundada en esta ciudad bajo la inteligente dirección de la señorita Enriqueta Compte y Riqué.

Segun anuncia el mismo artículo, el 15 de octubre del año ppdo. debió inaugurarse en Caracas el primer *Jardín de Infantes* de Venezuela. La iniciativa de su fundación se debe á la Junta Directiva del «Colegio Alemán» de aquella ciudad, y el establecimiento será dirigido por la señorita Hedwe Becherer, alumna de la Escuela Normal de Dresden.

